

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 19. — N° 410.

Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

SUMARIO.

Los premios del tiro nacional; grabados. — Revista española. — Sucesos de Italia; grabados. — Revista de Paris. — Un baile. — El palacio de Heidelberg; grabados. — Una historia inglesa. — Los leñadores y los acarreadores de los Vosges; grabados. — El Mambrum. — Revista de la moda. — La pesca de esponjas en las costas de Siria; grabados.

Los premios del tiro nacional.

El domingo último tuvo lugar en el circo Napoleón la distribución de premios del tiro nacional. El premio de honor fué ganado por M. Gillion, de Naffles (Bélgica) y el premio imperial por el célebre Julio Gerard. Este premio imperial consistía, como hemos dicho ya á nuestros lectores, en una escopeta regalada por el emperador, que es una maravilla de la fabricación parisiense. Viendo los productos actuales de este ramo de industria, no se comprende que apenas hace un siglo Blanchard de Charville inventó el fusil de piedra. ¡Cuántos progresos no se han debido hacer para llegar á ejecutar el arma de precision inventada por Prelat, y esta otra que gracias á las suntuosas liberalidades de S. M. se han disputado los competidores del tiro nacional! Esta escopeta fué encargada por el emperador á Gastine Rainette para la Exposicion universal de 1855; y fué ejecutada exactamente segun sus indicaciones. Tiene dos cañones adamasquinados del calibre 14. La madera es nogal y lleva incrustaciones de oro y plata. Las piezas de plata que la guarnecen están caladas. Todos los colores de la madera, el oro, la plata y el hierro se hallan desvanecidos de tal modo en el acabado del trabajo, que el aspecto de la escopeta, á pesar de su riqueza de ejecucion presenta una armonía que encanta la vista. La culata está cubierta con una ligera red de esculturas que representan asuntos de caza y se mezclan con fi-



M. GILLION, de Naffles (Bélgica) merecedor del premio de honor del tiro nacional francés.

nos y delicados arabescos en incrustacion de oro. El escudo de las armas imperiales es de oro. Esta escopeta se halla encerrada en una caja que es tambien de un gran valor artístico.

La escopeta ha costado 11,000 francos, y esta suma, por elevada que parezca, no representa el verdadero valor del arma segun dicen los inteligentes, si se considera su origen por una parte, y por otra el talento prodigioso, la pureza de gusto y la limpieza de mano que han producido esta obra maestra. V. R.

Revista Española.

Exposicion de pinturas. — Coloquios de tertulia. — Teatros. — La Torre de Babel. — Deudas de la conciencia. — Historia de una carta. — Una nueva actriz. — La Cruz del Valle. — Don Bucéfalo. — Viaje de la reina por Barcelona y Zaragoza. — Vuelta de la corte. — Una excursion á Aranjuez. — Lo de arriba abajo.

Y á propósito, don Emeterio, ya que estamos á la puerta del ministerio de Fomento, ¿quiere Vd. que entremos á ver la exposicion de pinturas?

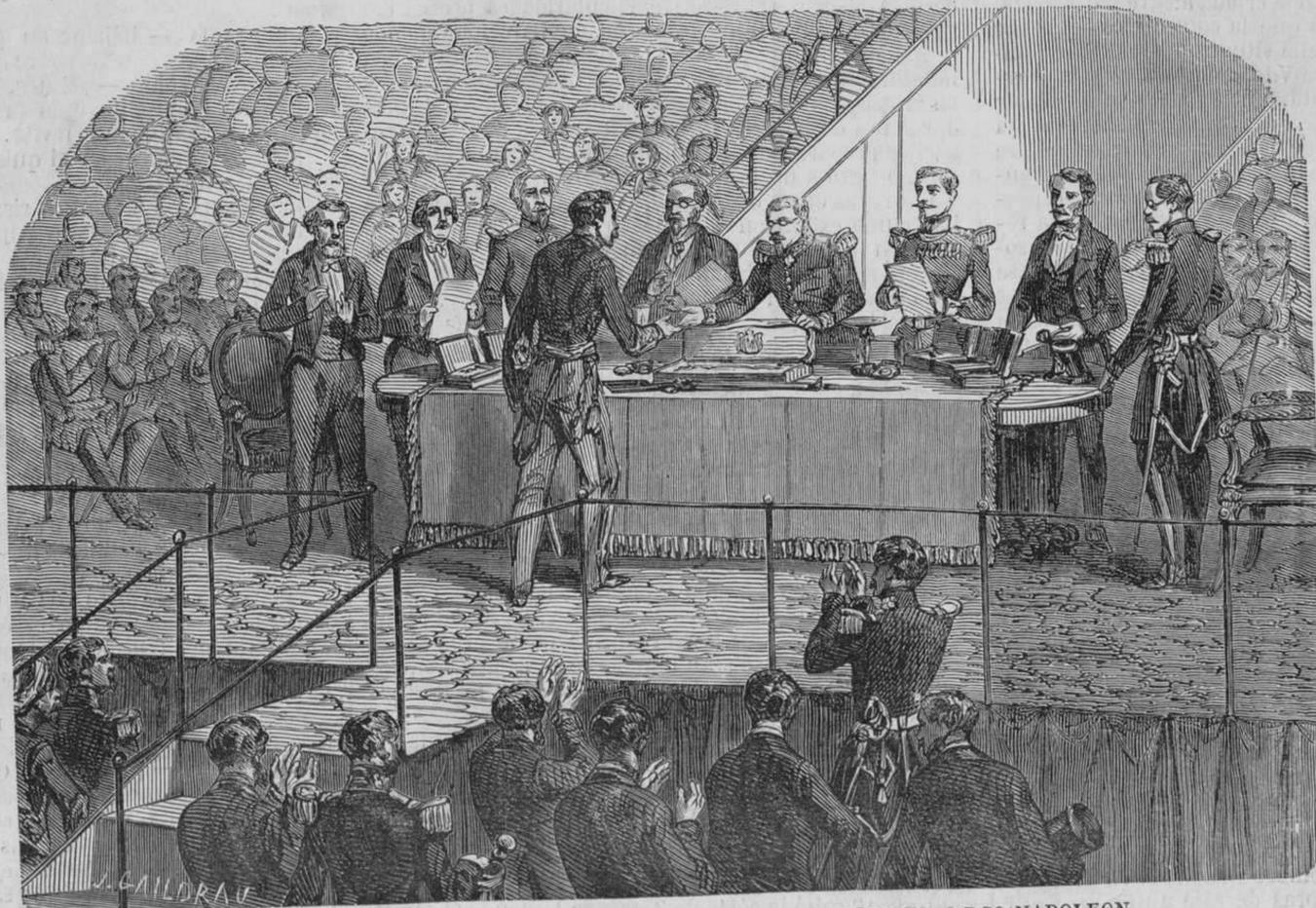
— Vamos allá, amigo don Tomás, con eso llevaré mayor provision de cosas que contar cuando vuelva á Segovia.

Así diciendo entraron los dos amigos en el portalon del edificio que fué convento de la Trinidad, y siguieron por los claustros dejando previamente los bastones, hasta llegar á la sala de la exposicion.

Don Emeterio estaba asombrado: aunque ignorante en bellas artes, no por eso dejaba de tener cierto buen gusto natural, y haciale impresion por ello lo mismo la lectura de un buen libro, que la representacion de un drama agradable ó la vista de un objeto artístico. Esta exposicion, decia, debe ser una de las mas numerosas y mejores que haya habido en Madrid.

— Ya lo creo; respondió don Tomás, aun hay en ella mayor cantidad de cuadros que en la última verificada en el año 1858, y que tambien logró Vd. ver, segun me parece.

— Sí, señor, que la ví, y me alegré no poco ciertamente. Pero haga Vd. el favor de buscar en el catálogo el asunto de aquel lienzo.



DISTRIBUCION DE PREMIOS DEL TIRO NACIONAL FRANCÉS EN EL CIRCO NAPOLEÓN.

Es la muerte de los comuneros, y su autor es el señor Gisbert, que ya se dió á conocer ventajosamente en la exposicion anterior.

— Me gusta mucho, señor don Tomás. ¿No le parece á Vd. que la cabeza de Padilla es muy notable? Aquella nobleza de expresion, aquella serenidad y al mismo tiempo la palidez de aquel rostro, lo desencajado de los ojos retratan perfectamente el terror que inspira la presencia de la muerte en el ánimo de un valiente. Repare Vd. qué naturalidad hay en el modo de caer aquel cuerpo del que acaban de degollar, y qué buena idea ha sido la de colocarle de modo que no se vea el sitio por donde la cabeza ha quedado separada del cuello, y el hacer que el verdugo le enseñe al pueblo á lo último del tablado en segundo término.

Así alababa el cuadro que mas ha llamado la atencion del público; nuestro amigo siguió concediendo á otros no pocas alabanzas, hasta llegar delante del que comparte con aquel los favores de la concurrencia.

— ¿Qué representa esto? decía don Emeterio. ¡Ah! ya caigo: esos dos aparecidos envueltos en los mantos blancos con la cruz roja son los Carvajales: el uno tiene en la mano un reló de arena, y el otro señala al cielo; vienen á notificar al rey Fernando IV que se ha cumplido el plazo que le concedieron para presentarse ante Dios á dar cuenta de sus acciones. La expresion de asombro y de terror que se pinta en el rostro del rey, y el ademán tranquilo y nada vengativo de los dos hermanos me parecen felicisimamente expresados.

Fueron los dos amigos de esta suerte viendo y juzgando á su manera todos los cuadros, no como críticos inteligentes con razones artísticas, pero en cambio sin que el cariño ó el odio les inspirasen. Como son muchos los que, si no enteramente notables en su conjunto, tienen sin embargo bellezas, no acabaría yo nunca si hubiese de referir el juicio crítico-verbal de nuestros dos espectadores. Si diré que merecieron su completa aprobacion los paisajes de Haes y algunos de sus discípulos, y varios interiores, entre ellos uno de San Isidro de Madrid, hecho con singular detenimiento y maestría por el señor Tomé, en que se ven perfectamente detallados los cuadros y las imágenes que adornan aquella iglesia. En fin, el vecino de Segovia y su cicerone el de Madrid se deshacian en admiraciones, presagiando como todo el mundo un brillante porvenir para las bellas artes españolas.

Aquella misma noche iban los dos interlocutores por una de las principales calles de la corte; dirigianse á visitar á un amigo mio, y los seguí movido por la curiosidad de saber si en aquella tertulia se decía alguna cosa que pudiera servirme para mi Revista.

Hablóse en aquella casa del tiempo de política y de otras frioleras vulgares, y se pasó despues á los teatros. Todos se lamentaban allí de que cada dia es mas triste su suerte, pero á pesar de ello no les faltaron novedades que examinar.

Yo estuve, decía uno, la otra noche en el Príncipe á ver la *Torre de Babel*, comedia de buen humor original del autor de la *Caza del gallo*, don Rafael García Santisteban, y me divertí mucho, porque está llena de chistes y perfectamente dialogada.

¿Y cuál es el asunto? preguntó una señorita; porque yo no he podido verla.

Redúcese á retratar un vecino de Miraflores que viniendo á Madrid á ventilar un negocio piensa que todos cuantos encuentra tratan de engañarle, y precisamente el que se le pega es un tunante de su mismo pueblo. Intervienen en la accion además de las dos personas dichas un jóven abogado sin pleitos y una mamá y una niña simple, servidas por una criada alegre y despierta. Inútil es decir, sabiendo que la comedia es del señor Santisteban, si habrá en ella situaciones cómicas y enredo agradable. Figúrense Vds. cuánto hará reír la escena en que la niña tonta, aficionada á representar comedias, trata de convencer allagareño para que haga un papel, y este por las medias palabras de aquella se escandaliza creyendo que la pollita le está enamorando. Calculen Vds. de qué modo se alegrarán los espectadores cuando la niña, temiendo que su madre la regañe por su manía, cierra las puertas quedándose á solas con el de Miraflores. El apuro de este, que ya se juzga un José en presencia de la mujer de Putifar, es de un gran efecto cómico, por mas que el público haya tachado esta escena y algunos chistes de la obra como barnizados de un color verde bastante subido.

La comedia del señor Santisteban, en fin, ha tenido buen éxito, y merece tenerle, porque si al teatro se va por pasar un rato divertido, nadie negará que con ella se consigue este objeto, teniendo además condiciones recomendables como produccion verdaderamente literaria.

— En la *Torre de Babel*, dijo á este punto otro de los concurrentes, vi una jóven actriz que empieza ahora su carrera, y me gusta mucho.

— Sí, señor, contestó el que habia hablado antes; Elisa Boldun que es la niña de que Vd. habla, pues niña puede aun llamarse, promete ser una excelente actriz; ya el público se lo dió á entender claramente el año anterior, cuando la vió en el drama *la Oracion de la tarde*, y ahora ha confirmado su juicio premiándola con merecidas palmadas.

— A mí me gustan en el teatro las emociones fuertes, dijo el que por la mañana acompañaba al vecino de Segovia en la exposicion de pinturas; por esa razon he ido al Príncipe á ver el drama del señor Fernandez y Gonzalez que lleva por nombre *Deudas de la conciencia*. Como en todas las obras de este autor, veo allí mucho ingenio; así como en sus novelas el lector desde

que pone los ojos en la primera página, no puede soltar el libro hasta llegar á la última, así en la obra de que hablo á Vds., desde que el telon se levanta, el espectador está impaciente por saber el desenlace, aumentándose su interés á medida que van desarrollándose las escenas.

Hay en el drama de que hablo situaciones altamente interesantes y de primer orden: tal es en el segundo acto la escena en que dos antiguos amantes, cuyos amorés acabaron con el asesinato del padre de la criminal jóven, vuelven á encontrarse al cabo de muchos años. El, olvidado ya de su delito, es asistente de Sevilla, y ella, que le recuerda la horrible historia, vive retirada en una solitaria ermita, expiando sus pasados extravíos con duras penitencias. Digna tambien de elogio es la otra escena del acto tercero en que la penitente al hallar un suntuoso sepulcro anatematiza la vanidad mundana, pero al leer el epitafio ve que precisamente detrás de aquellos mármoles reposan los restos de su padre, de cuya muerte fué ella cómplice. Al pié de la misma tumba viene luego á morir la hija de su seductor, y el hijo de este y de la penitente se mata de una puñalada no lejos del mismo sitio.

— Y de versificacion ¿qué le parece á Vd.? porque he oido celebrarla mucho.

— Con razon, amigo mio, porque tiene escenas á las que no se puede poner pero; en esto de escribir versos ya sabe Vd. que vale no poco el señor Fernandez y Gonzalez. En fin, su último drama es digno hermano del *Cid* que aplaudimos hace dos años en Novedades.

— Saben Vds., siguió el de Segovia, que aun cuando no entiendo una palabra de literatura, me parece que es cosa buena una comedia francesa que están haciendo en el teatro de Variedades.

— ¡Ah! sí, es traduccion de la que en los de Paris se conoce con el nombre *Pattes de mouche*, y aquí ha sido bautizada con el de *Historia de una carta*. Es en honor de la verdad muy divertida: no se puede utilizar mas un asunto tan sencillo: aquellos mil incidentes que se enlazan naturalmente, manteniendo al espectador en constante curiosidad, respiran ingenio por todas partes. Lo que no comprendo es la razon que ha podido tener el traductor para trasportar la accion á España. Aquellas cómicas situaciones lo mismo pueden interesar pasando en la villa de Gracia, que en cualquier parte del vecino imperio, y como los personajes que intervienen en la fábula tienen costumbres francesas completamente y hablan en estilo francés, creo que hubiera sido muy oportuno que las peripecias á que da lugar el billete amoroso pasaran en la traduccion en Francia lo mismo que pasan en el original.

— ¡Hombre! exclamó otro que habia estado callando hasta entonces, los que han tenido poca suerte en punto á estrenos durante el mes, son los dos teatros de zarzuela. En el Circo se ha hecho una en un acto titulada *la Pupila*, que no ha logrado mucha suerte, y otra en tres, la cual con el nombre de *la Cruz del valle* no es otra cosa que el antiguo melodrama que divertía y aterraba á un tiempo á nuestros padres bajo la denominacion del *Desertor húngaro ó la cabeza de bronce*. La nueva version de esta es de don Adolfo García, y su música del maestro de la compañía señor Reparaz, y solo por pocas noches se ha puesto en escena. En el teatro de la calle de Jovellanos no han estrenado mas que la ópera de Cagnoni *Don Bucéfalo*, hecha con este mismo título y la misma música del compositor italiano, pero tampoco ha podido llegar á vivir una semana.

De otra multitud de cosas siguieron hablando en seguida los tertuliantes, y con motivo de la vuelta de la corte á Madrid refirieron particularidades acerca del viaje de la reina. Dijose allí que en Barcelona, donde se hallaba al empezar octubre, habianla agasajado con notables funciones. Besamanos, gran parada por todas las tropas, funciones de teatro y una exposicion de producciones de la industria catalana, tales fueron los regocijos preparados en aquella ciudad, donde el entusiasmo llegó á un grado muy notable.

Los reyes entre otros varios sitios no se olvidaron de hacer una excursion al monasterio de Monserrat. Refirióse en la tertulia detenidamente el adorno de aquel célebre santuario visitado por cuantos viajeros llegan á la capital del Principado y lo pintoresco de aquella escarpada montaña, y despues de pintar la despedida hecha á los reyes en Barcelona, trataron tambien de su viaje hasta Zaragoza. Las mismas demostraciones de afecto que en la primera de estas ciudades recibió la reina en la segunda. Tambien allí contaron que se habian verificado revistas, serenatas y otra multitud de funciones. La popular jota con acompañamiento de guitarras oyóse bajo los balcones de S. M., siendo la letra escrita á propósito para este objeto, y llevando los cantantes el traje del pais.

Así como en Barcelona no habia dejado de visitar el santuario de la Virgen de Monserrat, tampoco en Zaragoza quiso dejar de hacer oracion en el de la del Pilar. Los reyes pues y toda la real familia adoraron la Reina de los cielos en el célebre templo de la capital de Aragón, celebrándose con este motivo una solemne funcion religiosa.

El antiguo castillo de la Aljafería fué igualmente visitado por SS. MM. Al saber la llegada de los augustos viajeros, el gobernador de aquella fortaleza salió á entregar las llaves que la reina tomó en su mano. En el acto de esta visita fueron indultados dos militares que estaban allí arrestados y pidieron gracia á los piés de su soberana.

El dia 13 salió la corte de Zaragoza tomando el camino de Madrid. Entre las escenas ocurridas en los pue-

blos del tránsito, refirióse en la tertulia á que asistimos una que merece apuntarse por lo poco comun.

El célebre monasterio de Sigerá, cuya comunidad de religiosas de la orden de San Juan de Jerusalem, gozaba en lo antiguo de grandes inmunidades y privilegios, tenia entre estos últimos el de poder abandonar la clausura y salir á saludar al monarca, siempre que este pasara por algun pueblo de la jurisdiccion del priorato.

Así se hizo en 1759 en Candasnos para felicitar á Carlos III: así se repitió en 1840 cuando pasó nuestra reina con su madre, y así lo ha hecho ahora la superiora, acompañada de una religiosa de las de la clase de señoras de justicia y una de las llamadas *medias-cruces*.

Visten hábito negro con largo manto de cola, recogida esta en la cintura, toca blanca de graciosa forma, y una cruz de San Juan pendiente sobre el pecho, con otra blanca bordada en el hombro y en el manto.

Las medias-cruces llevan estas con el brazo superior de menos, y tambien la toca es distinta, aunque blanca.

El dia 16 finalmente hizo la reina su entrada en Madrid, y en la tertulia se habló de la mucha concurrencia que habia en la carrera y de su visita al campamento formado en Torrejon, que se levantó al dia siguiente despues de haberse estado ejercitando en él las tropas de la guarnicion de Madrid por espacio de mes y medio.

Pero dejemos ya la tertulia y los tertuliantes; aquella disuelta y estos camino de su casa. ¿Queréis, lectores, presenciar otra escena doméstica ocurrida una de estas mañanas, gracias al tiempo no otoñal, sino de primavera que reina este mes? Pues abrid los ojos; que levanto el telon. — Llegó por fin el domingo tantas veces anunciado por don Buenaventura, y con tanta impaciencia esperado por su mujer y sus dos hijos; el sol, hostezando por detrás de las sonrosadas cortinillas del balcon de la aurora, parecia prometer al mundo un apacible calor primaveral, y á nuestros amigos un buen dia en Aranjuez, cuando doña Prudencia llena de su nombre dejaba el lecho para preparar lo necesario. Poco antes que ella empezase á poner la blusa de gala á Ricardito, metía don Buenaventura piernas y barriga en los pantalones que el sastre del portal arregló dos dias antes, y Amalia ajustándose la bata de percal levantaba la cortinilla del balcon de la sala para ver si estaba de llover, segun decia, ó para observar si habia llegado Alfredo al portal de enfrente, segun para sus adentros deseaba.

Empezaron entonces los preparativos formales: don Buenaventura corria en camisa de una parte á otra: encendia doña Prudencia con fósforos y trapos la lumbre para el chocolate, que debian tomar en casa por economia, y Amalia se arreglaba las rubias trenzas de modo que pareciese que estaban sin arreglar, mientras que Ricardito, pegando patadas en el suelo regaba con lanto un arañazo, demostracion pacífica del gato, á quien se empeñó en poner en dos piés de centinela.

DON BUENAVENTURA. — Pero mujer, ¿cuándo querrá Dios que esté caliente el agua para afeitarme?

DOÑA PRUDENCIA. — Aféitate con agua fria: para lo bien que lo haces... siempre vas con la cara hecha una regadera de sangre.

BUENAVENTURA. — Bien, mujer, no te acalores (revolviendo una cómoda). Pero ¿y la camisa del cuello bajo?

PRUDENCIA. — Bueno me estás poniendo ese cajon con tanto escarbar en él. Quitate, porque... ¡Jesus! ¡No sé como una aguanta! Es mucha casa esta.

RICARDITO. — Mamá, yo quiero llevar el ros y el fusil.

PRUDENCIA. — Déjame en paz: para adefesios bastante llevamos con tu padre.

BUENAVENTURA. — ¡Mujer, calma!

PRUDENCIA. — Sí; como la tuya: media hora hace que estas cepillando la levita. Así te pones tú de gordo.

BUENAVENTURA. — Y si quisieras coserme un boton de los tirantes.

PRUDENCIA. — Sí: entre prisa y prisa.

BUENAVENTURA. — Pero hija, ¡se me van á caer los pantalones en la calle!

PRUDENCIA. — Ponte un alfiler: ahora estoy muy ocupada. ¡Pobrecito! ¡picaron! que tiras todos los cáñamones (llenando el comedero al canario).

BUENAVENTURA. — Me parece que nos va á hacer buen dia. En Aranjuez estará delicioso.

PRUDENCIA. — Eso es lo que tú sientes. Si en lugar de ir con tu mujer y tus hijos fueras con alguna perdida...

BUENAVENTURA. — Ave María purísima, mujer; qué cosas tienes!

PRUDENCIA. — ¿Llaman? Amelia, vé á abrir.

AMELIA (desde la alcoba). — No puedo, mamá, que me estoy vistiendo.

PRUDENCIA. — Abriré yo: ¿quién? (asomando al ventanillo). No señor: ya podía Vd. haber visto que este es el segundo. ¡Insolente! ¡mala lengua! Buenaventura, sal con un palo, que ese hombre me ha llamado vieja.

BUENAVENTURA. — Déjale, mujer; que despues de todo no eres ninguna chiquilla, y al fin y al cabo...

PRUDENCIA. — ¡Majadero! Otra vez la campanilla. Si quisiera Dios que se os cayese en la cabeza.

BUENAVENTURA. — Me parece que es el aguador. — ¡Picaro zapatero! ¡Vaya unas botas!... nada, no entran: tendré que llevar las viejas.

PRUDENCIA (al aguador que sale con la cuba vacía). — Ya podía Vd. haber venido mas temprano. Lo tengo dicho cien veces.

AGUADOR. — Tuvimos fuego esta noche, y lleváronos á palus los cívicus de aquí para allá.

Estos razonamientos tenía la familia, y estando por fin todos preparados para la expedición, fuéronse acercando hácia la puerta. Doña Prudencia había dejado al gato comida para todo el día, y de las llaves de la casa pensaban encargar al tocinerero de enfrente, que era hombre de confianza. No hay que decir por supuesto, que Ricardito llevaba el ros de carton y el sable de hojalata: mis oyentes saben que cuando los niños se empeñan en una cosa, son como los periodistas de oposición cuando empiezan á asegurar que hay crisis; por mas azotes que lleven unos y otros, aquellos se salen con la suya, y estos hacen bambolearse al gabinete mas enganchado en la poltrona.

— Muy de prisa tenemos que andar para llegar á tiempo, decía don Buenaventura mirando el reloj.

— Si tú no fueras tan posma, contestaba su mujer, tiempo nos hubiera sobrado.

— Pero si he concluido antes que tú.

— ¡Eh! basta. Mira, aquí hay un coche, vamos á tomarle.

— ¡Hija! ¡una peseta mas! no aumentes los gastos.

— ¡Qué gastos, ni qué!.... En un día como hoy es preciso ser generosos; y así tambien verán las del escribano de enfrente que vivimos como personas de tono.

Convencido don Buenaventura por el tono con que su mujer pronunció aquello del tono, dejóse llevar á la portezuela del coche. Viólos abrir el cochero inmóvil en su puesto, pero al oír la voz de Buenaventura, que decía: «al ferro-carril» en acento de amo, contestó con la misma imperturbable serenidad; «está alquilado, señorito.»

— ¡Cómo! exclamó doña Prudencia; ¿y esa bandera no dice «se alquila?»

— Es que olvidóseme quitarla.

— Anda, Buenaventura, arriba, siguió Prudencia, empujando á su marido, y dejémos de cuentos.

— Pero señorita, ¡si está tan lejos y son tantos!

— Yo te daré propina, interrumpió nuestro padre de familias, añadiendo en voz baja: «¡otros cuatro cuartos mas! ¡cuánto gasto inútil!»

— ¡Mamá, yo quiero ir en el pescante! gritaba Ricardito; ¡yo quiero el látigo para arrear al caballo!

En fin acomodáronse todos, y echaron á andar camino de lo que fué puerta de Atocha.

Se me olvidaba decir que detrás de nuestro coche iba otro. Por la ventanilla de este asomaba de vez en cuando una cara con lentes y bigote, y por la del primero salía tambien al mismo tiempo la cabeza de Amalia, y aquella cara y esta cabeza se miraban con un gusto y un *aquel*, que me daban ganas de tener novia.

De repente ¡oh dolor! sálese una rueda de su sitio y queda el coche tumbado en medio del arroyo. Allí fueron las quejas de Prudencia, los lamentos de Buenaventura y los lloros de Amalia, hasta que un jóven de lentes y bigote ayudado de dos guardias civiles los sacó de tan estrecha y maltratada cárcel.

Era preciso seguir á pié, y faltaba la mitad de la calle de Atocha. A los pocos pasos aparece un señor de grave aspecto, dirígese derecho á Buenaventura y exclama:

— ¡Amigo mio! ¡cuánto me alegro de encontrar á Vd.! he estado buscándole para hablarle de un negocio hace dos semanas.

BUENAVENTURA (con aire tímido). — Ahora voy á Aranjuez y...

EL AMIGO. — Una palabra nada mas, con permiso de las señoras.

El amigo se lleva aparte á Buenaventura; pásase un cuarto de hora discutiendo acaloradamente: Prudencia muere el pañuelo y rompe el abanico, y Ricardito tira de la levita á su papá gritando: «que yo quiero ir al vapor.»

— Por fin se despiden: ¡Jesus! creí que no acababas, dijo doña Prudencia.

— Mujer, ha sido mi jefe, y ya ves tú que al cabo... Escena final Delante de la estación del ferro-carril.

PRUDENCIA. — ¿Se oye una campana?

AMALIA. — Sí: estarán tocando á misa en Atocha.

BUENAVENTURA. — No: debe ser algun aviso; es en la estación. Apretémos el paso, no cierren el despacho.

RICARDITO — ¡AY, papá! ¡Mira una máquina que sale! ¡qué bonito, cómo corre! ¡cuántos coches lleva!

PRUDENCIA. — ¡Maldición! ya se ha marchado el tren. Por ti; por ti me sucede esto.

BUENAVENTURA. — Bien, mujer: otro día iremos. — Tableau. — Prudencia vuelve la cara hácia Madrid con un hocico de tres varas; Buenaventura se sonríe con la expresion de un bienaventurado; Amalia mira de cuando en cuando al de los lentes, y Ricardito grita: «¡que yo quiero ir al vapor!»

Al hablar de campo y ya que no hemos ido con mis amigos á Aranjuez, voy á concluir con la siguiente anacreóntica de última moda.

LO DE ARRIBA ABAJO.

Perora el abogado
Sobre marciales lides,
Y el sastre estudia el modc
De elaborar confites.
Aquel poeta sacro
Se inspira entre toriles,
Y hace el hortera versos

Mientras percales mide.

Busca el de tez morena

Bellezas de jazmines,

Y toda rubia, novios

De pelo negro elige.

En dos piés vi yo perros

Haciendo mil melindres,

Y excelencias en cuatro

Hallar no es muy difícil.

Mesa revuelta el mundo

Su arreglo es imposible;

Barájanse sus trastos,

Nadie en su puesto vive.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Madrid 31 de octubre de 1860.

Sucesos de Italia.

LA BATALLA DEL VOLTURNO. — EL MANIFIESTO DEL REY VICTOR MANUEL Á LOS PUEBLOS DE LA ITALIA MERIDIONAL.

Habiendo sufrido Garibaldi algunos descalabros en varios encuentros que tuvo con las tropas del rey Francisco II, se desquitó brillantemente en la batalla del 1º de octubre, una de las mas reñidas que han tenido lugar en el territorio napolitano.

El rey Francisco y sus hermanos juzgaron con suma razon que era preciso dar un golpe de mano, cortar á los garibaldinos que se hallaban delante de Capua, y seguir sin dilacion sobre Nápoles, antes de que las tropas piemontesas al mando del general Cialdini penetrasen en el territorio napolitano. El plan estaba bien concebido; pero aun cuando se combatió con valor, el resultado fué adverso á los realistas.

Desde el 30 de setiembre rompieron el fuego los batallones del rey. El 1º de octubre, á las tres de la mañana, los realistas, en número de 20,000 hombres, salieron de las fortificaciones, y atacaron con arrojó el campo enemigo. Dicese que Garibaldi solo contaba con 12,000 soldados. La lucha empezó tenaz y sangrienta. La batalla se hizo general y se lidió en Caserta, Maddaloni, Santa María, San Angelo, San Tammara, etc. Grandes elogios se prodigan á Garibaldi, Bixio, Medici, Turr, Orsini, así como al rey, á los príncipes de Trápani, de Trani, de Caserta y al general de Salzano. De parte de los garibaldinos, Bixio fué el héroe de la jornada.

Hubo un momento en que las tropas reales se encontraban casi victoriosas, cuando llegaron los batallones piemonteses de bersaglieri, de tiradores del rey Victor Manuel, y de artilleros; estos refuerzos fueron pedidos desde la víspera al marqués de Villamarina, quien no hizo objecion para enviarlos. Los garibaldinos se incorporan al vez á esos hermanos. — Bixio piensa que de él depende en gran parte el resultado del combate, y de nuevo empieza una lucha á muerte: unos y otros se baten al arma blanca; la artillería piemontesa lanza cinco cañonazos cada dos segundos.

Hácia el medio dia los garibaldinos habian obtenido algunos resultados; pero los realistas no ceden un palmo, y se sigue lidiando hasta las siete de la noche, hora en que aquellos triunfan sobre toda la línea; los soldados del rey se retiran bajo los muros de Capua, y dejan pérdida una columna de bávaros que se habia extraviado en la fuerza del combate.

Se ha dicho que los garibaldinos perdieron 4,500 hombres, y 3 ó 4,000 los realistas. De estos cayeron prisioneros 4,500. Garibaldi salió ligeramente herido.

El 3 de octubre los realistas salieron nuevamente de sus fortificaciones con el objeto de proteger la columna de bávaros á la cual los garibaldinos habian cortado la retirada; pero la empresa quedó sin resultado y las tropas reales tuvieron que replegarse con direccion á Capua. Igual cosa sucedió el 4.

El fuerte de Baja, situado en el fondo del cabo de Misena, capituló el día 5, despues de un combate encarnizado. Allí se encontró un depósito considerable de pólvora.

En la tarde de la batalla del Volturmo, el general Turr quiso que desfilasen á su presencia los franceses que tan valerosamente habian defendido una posicion tan importante, con cuyo motivo se asombró de que fuesen tan pocos en número. Las palabras que pronunció el bravo húngaro, parece que fueron las siguientes: Señores: habeis prestado un gran servicio á la Italia. Sois solo 50 y yo os creia 500. Reconozco bien en vosotros á los héroes de Solferino.»

A pesar de esta victoria de los garibaldinos, las tropas reales se han mantenido en la línea del Volturmo hasta la llegada de las fuerzas piemontesas que han acudido en auxilio de Garibaldi. El mismo rey del Piemonte ha atravesado la frontera napolitana y se encuentra en el dia al frente de sus soldados, habiendo dirigido previamente á los pueblos de la Italia meridional el siguiente manifiesto que insertamos en nuestras columnas á título de documento histórico. — Dice así:

«En un momento solemne de la historia nacional y de los destinos italianos, dirijo mi palabra á vosotros, pueblos de la Italia meridional, que cambiada la situacion al impulso de mi nombre, me habeis enviado oradores de todas las clases sociales, magistrados y diputados de los municipios, pidiendo el restablecimiento del orden y de la libertad y uniros á mi reino.

» Quiero deciros qué pensamiento me guia, y cuál es la conciencia que abrigo de los deberes que debe cumplir quien fué colocado por la Providencia sobre un trono italiano.

» Subí al trono despues de una gran desgracia nacional. Mi padre me dió un alto ejemplo renunciando la corona para salvar su propia dignidad y la libertad de sus pueblos. Carlos Alberto cayó peleando y murió en el destierro.

» Su muerte enlazó mas y mas los destinos de su familia con los del pueblo italiano, que hace tantos siglos viene dando á tierras extranjeras los huesos de sus desterrados, queriendo reivindicar así el rescate de una patria que Dios ha colocado dentro de los mismos confines y enlazado con el símbolo de una sola lengua.

» Yo aprendí ante aquel ejemplo, y la memoria de mi padre fué mi estrella tutelar. Entre la corona y la palabra dada, jamás pudo ser dudosa para mí la eleccion.

» Afiancé la libertad en tiempos poco propicios para la libertad, y quise que desenvolviéndose, echase raíces en las costumbres del pueblo, no pudiendo yo recelar de aquello que era caro á mis pueblos. Con la libertad del Piemonte fué religiosamente respetada la herencia que el ánimo previsor de mi augusto padre habia dejado á todos los italianos.

» Con las instituciones representativas, con la instruccion popular, con las grandes obras públicas, con la libertad de la industria y del comercio, procuré acrecer el bienestar de mi pueblo, y queriendo respetada, sí, la religion católica, pero libre cada cual en el santuario de la propia conciencia, y firme la autoridad civil, resistí abiertamente á esa obstinada y soberbia fraccion, que se vanagloria de ser la sola amiga y tutora de los tronos, pero que pretende mandar en nombre del rey y poner entre el príncipe y el pueblo la barrera de sus intolerantes pasiones.

» Tales medios de gobierno tenian que producir su efecto en el resto de Italia. La concordia del príncipe con el pueblo, proponiéndose por norma la independencia nacional, la libertad civil y política, la tribuna y la prensa libres, el ejército que habia salvado la tradicion militar italiana bajo la bandera tricolor, hicieron del Piemonte la enseña y el brazo de la Italia. La fuerza de mi reinado no ha nacido de las intrigas de una política subterránea, sino del manifiesto influjo de las ideas en la opinion pública.

» Así pude mantener en la parte del pueblo italiano reunido bajo mi cetro el sentimiento de la patria, de la que debia nacer la concorde armonía de las diversas provincias en una sola y gran nacion.

» La Italia surgió en mi pensamiento poderosa y grande cuando ví marchar á sus soldados á los campos de Crimea, al lado de los soldados de las dos grandes potencias occidentales. Quise hacer entrar el derecho de la Italia en la realidad de los hechos y de los intereses europeos.

» En el congreso de Paris mis plenipotenciarios pudieron hablar por vez primera á la Europa de vuestros dolores, y á todos fué evidente cuán contraria al equilibrio europeo era la preponderancia del Austria en Italia, y cuántos peligros no corrían la independencia y la libertad del Piemonte si el resto de la Peninsula no quedaba libre de la dominacion extranjera.

» Mi magnánimo aliado el emperador Napoleon III comprendió que la causa italiana era digna de la gran nacion sobre la cual reina. Los nuevos destinos de nuestra patria se inauguraron con una justa guerra. Los soldados italianos combatieron dignamente al lado de las invictas legiones de la Francia. Los voluntarios que acudieron de todas las provincias y de todas las familias italianas bajo la enseña de la cruz de Saboya, mostraron que toda la Italia me habia investido del derecho de hablar y combatir en su nombre.

» La razon de Estado puso fin á la guerra, pero no á sus efectos, los cuales fueron desenvolviéndose por la inflexible lógica de los acontecimientos y de los pueblos.

» Si yo hubiese abrigado esa ambicion que se imputa á mi familia por quienes no comprenden su época, podría haberme satisfecho la adquisicion de la Lombardia; pero yo habia derramado la sangre preciosa de mis soldados, no por mí, sino para la Italia.

» Yo llamé los italianos á las armas: algunas provincias italianas habian cambiado sus gobiernos para acudir á esa guerra de la independencia que abominaban sus príncipes. Despues de la paz de Villafranca aquellas provincias demandaron mi proteccion contra la restauracion amenazadora de los antiguos gobiernos. Si los hechos de la Italia central eran la consecuencia de la guerra, á la cual habiamos invitado á los pueblos, si el sistema de las intervenciones extranjeras debia desterrarse para siempre de la Italia, yo debia reconocer y defender en aquellos pueblos el derecho de manifestar legal y libremente sus votos.

» Retiré mi gobierno y ellos crearon un gobierno regular: retiré mis tropas y ellos ordenaron tropas regulares, y á fuerza de concordia y de virtud cívica adquirieron reputacion tan alta, que solo por la violencia de los ejércitos extranjeros habrian podido ser vencidos.

» Gracias al buen sentido de los pueblos de la Italia central, la idea monárquica se consolidó allí, y la monarquía moderó moralmente aquel pacífico alzamiento popular. Así la Italia creció en la estimacion del mundo civilizado, y quedó manifiesto á la Europa que los italianos sabian gobernarse á sí propios.

» Aceptando la anexion, sabia las dificultades euro-

peas que desafiaba; pero yo no podía faltar á mi palabra, dada á los italianos cuando los llamé á la guerra.

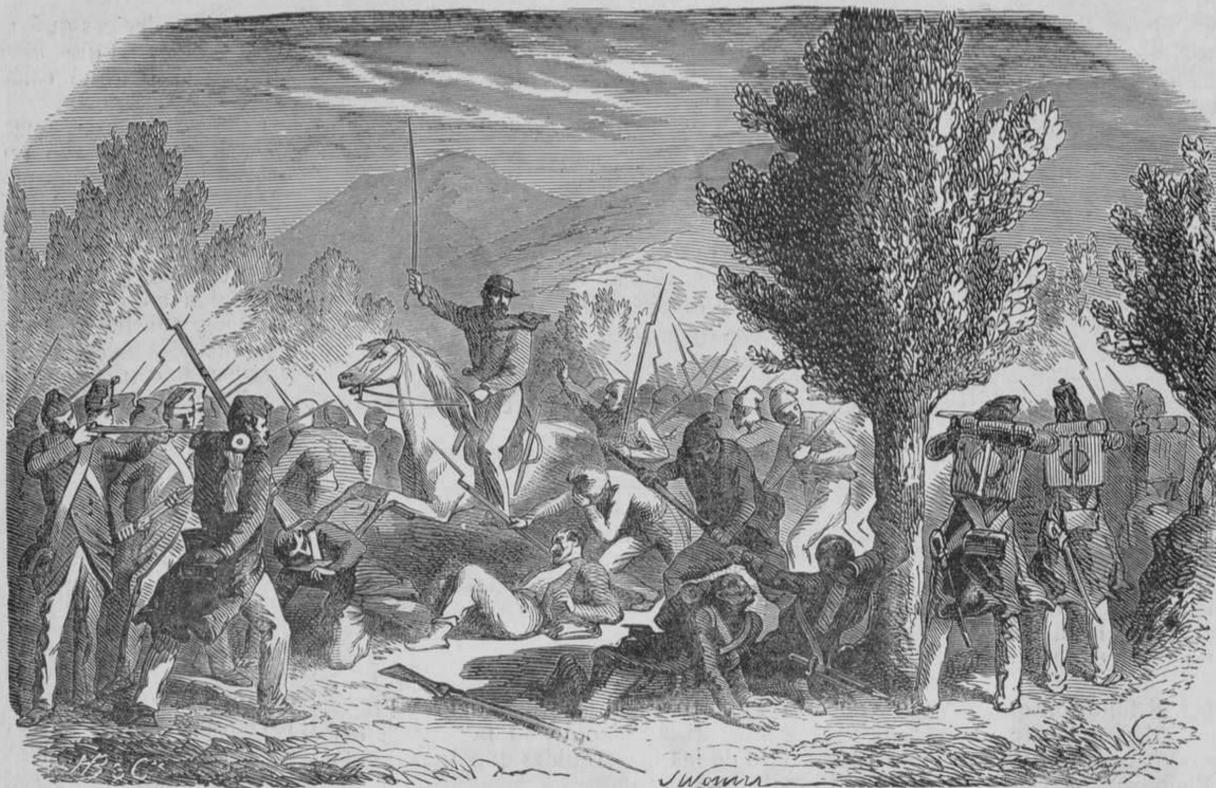
» Aquellos que en Europa me acusan de imprudencia, juzguen con calma qué cosa habria sido, qué cosa seria la Italia el día en que la monarquía apareciese impotente á satisfacer la necesidad imperiosa de una reconstrucción nacional.

» Por medio de las anexionés, el movimiento nacional, si no cambió en la sustancia, tomó nuevas formas: aceptando, merced al derecho popular, aquellas bellas y nobles provincias, yo debía reconocer lealmente la aplicación de aquel principio y no me era lícito medirlo por la norma de mis afecciones ó intereses particulares. En holocausto de aquel principio hice, por utilidad de la Italia, el sacrificio más cos-

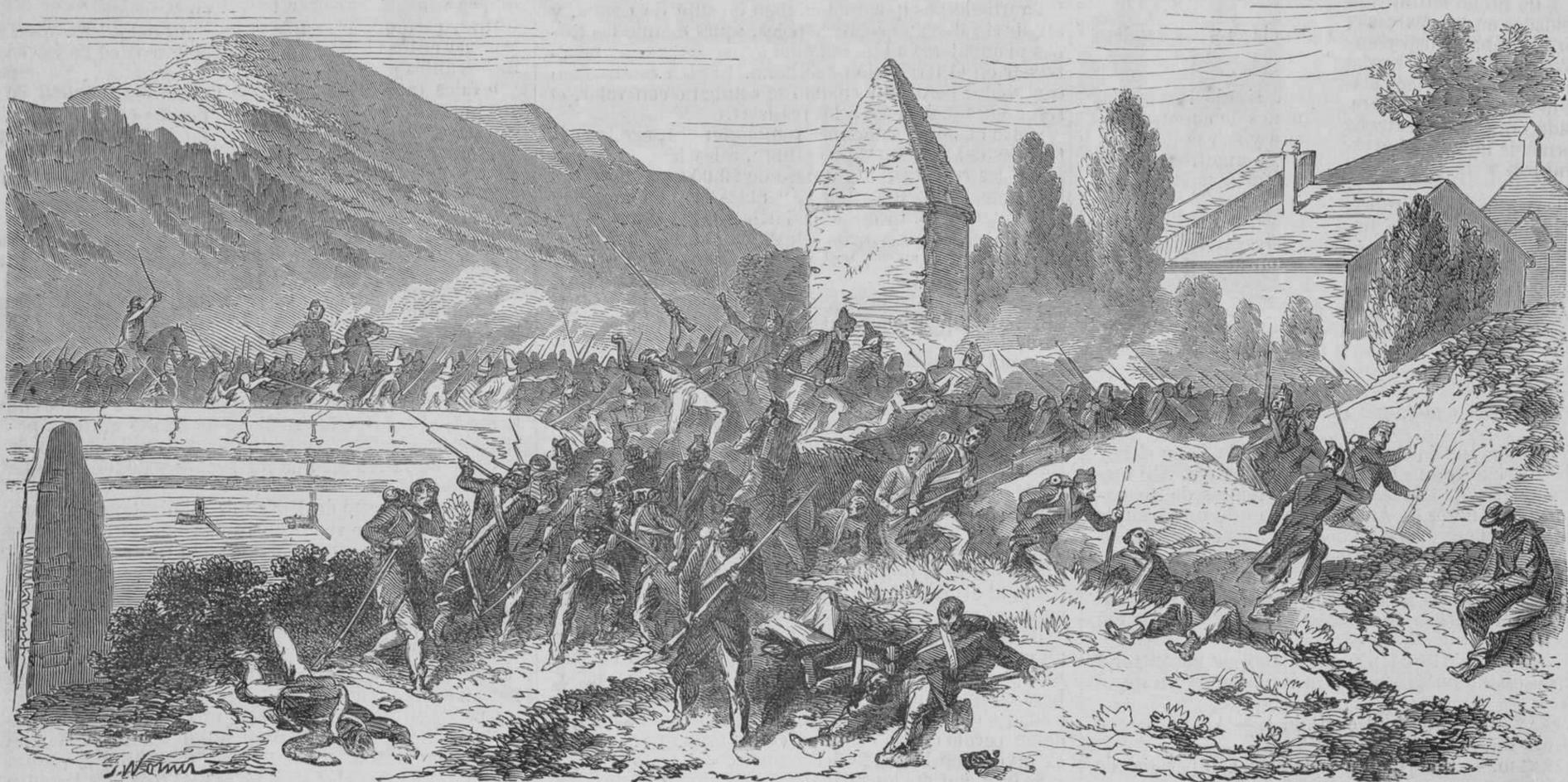
toso á mi corazón, renunciando dos nobilísimas provincias del reino de mis padres.

» A los príncipes italianos, que han querido ser siempre mis enemigos, siempre di francos y leales consejos, resuelto, si eran vanos, á combatir el peligro que su ceguera habria hecho correr á los tronos y á aceptar la voluntad de la Italia.

» Al gran duque le ofrecí con tiempo mi alianza antes de la guerra. Al Sumo Pontífice, en el cual venero á la cabeza de la religión de mis antepasados y de mis pueblos, hecha la paz, al instante escribí ofreciéndole aceptar su vicariato en la Umbría y en las Marcas. Era evidente que aquellas provincias, contenidas tan solo por las armas de mercenarios extranjeros, no obteniendo la garantía de un gobierno civil que yo les proponía, tarde ó tem-



EPISODIO DE LA BATALLA DEL VOLTURNO.



BATALLA DEL VOLTURNO. — LOS NAPOLITANOS RECHAZADOS MAS ALLA DEL ACUEDUCTO DE PONTE DELLA VALLE.

prano se habrían lanzado en la revolución.

» No recordaré los consejos dados durante muchos años por las potencias al rey Fernando de Nápoles. Los juicios que se hicieron en el congreso de París sobre su gobierno, prepararon naturalmente los pueblos á su mudanza si resultaban inútiles las quejas de la opinión pública y las gestiones de la diplomacia.

» A su joven sucesor yo le ofrecí mi alianza para la guerra de la independencia nacional, y allí también encontré cerrado el corazón á toda afección italiana, y ciega la inteligencia por la pasión.

» Era natural que los hechos ocurridos en la Italia setentrional y del Norte agitasen extraordinariamente los ánimos en la Italia meridional.

» En Sicilia esta tendencia de los espíritus se convirtió en plena revolución. Se combatía ya por



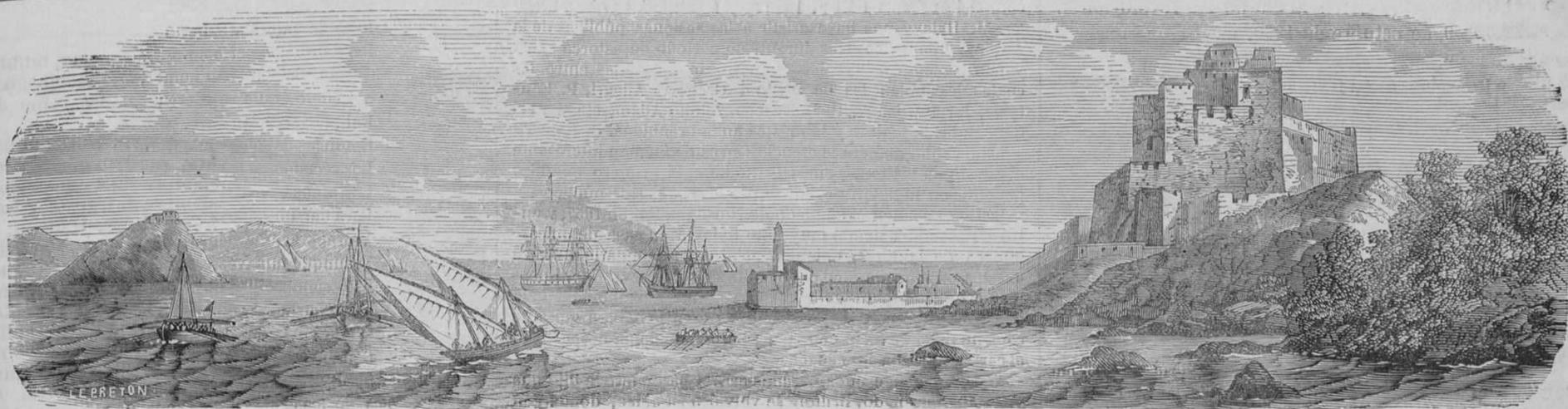
LOS CAZADORES DE LOS ALPES TOMANDO UN CAÑÓN.

la libertad en la Sicilia, cuando un valiente guerrero consagrado á la Italia y á mi persona, el general Garibaldi, volaba en su auxilio. Eran italianos: yo no podía, no debía detenerlos.

» La caída del gobierno de Nápoles confirmó lo que mi corazón sabía: cuán necesario es al rey el amor y á los gobiernos la estimación de sus pueblos.

» En las Dos Sicilias, el nuevo estado de cosas se inauguró con mi nombre. Pero algunos actos dejaron temer que no se interpretase bien la política que mi nombre representa. Toda la Italia ha temido que á la sombra de una gloriosa popularidad, de una probidad digna de los antiguos tiempos, intentase reorganizarse una facción pronta á sacrificar el próximo triunfo nacional á las quimeras de su ambicioso fanatismo.

» Entonces todos los ita-



EL FUERTE DE BAJA EN EL MOMENTO DE LA CAPITULACION.

lianos volvieron sus ojos hácia mí para que conjurase este peligro. Era obligación mia hacerlo, porque en las presentes circunstancias no sería moderación y prudencia, sino flaqueza é insensatez, no tomar con firme mano la dirección del movimiento nacional, del cual soy responsable á los ojos de la Europa.

» He hecho entrar mis soldados en las Marcas y en la Umbría, dispersando esa reunión de gentes de todo país y de toda clase de lenguas allí congregada, nueva y extraña forma de intervención extranjera y la peor de todas.

» He proclamado que la Italia debe ser de los italianos, y no consentiré que la Italia sea el nido de sectas cosmopolitas que se congregan en ella para tramar los proyectos ó de



VOLUNTARIOS DE LAS LEGIONES INGLESA Y HUNGARA.

la reacción ó de la demagogia universal.

» Pueblos de la Italia meridional, mis tropas se avanzan en medio de vosotros para consolidar el orden. Yo no vengo á imponeros mi voluntad, sino á hacer respetar la vuestra. Podeis manifestarla libremente: la Providencia, que protege las justas causas, os inspirará el voto que depositareis en la urna.

» Cualquiera que sea a gravedad de los acontecimientos, yo espero tranquilo el juicio de la Europa civilizada y el fallo de la historia, porque tengo la conciencia de cumplir mi deber de rey y de italiano.

» Tal vez en Europa mi política no será inútil para reconciliar el progreso de los pueblos con la estabilidad de las monarquías.



LOS NAPOLITANOS RECHAZADOS Á LA ENTRADA DE CASERTA.

» En Italia sé que cierro la era de las revoluciones.
» Ancona 9 de octubre de 1860.

» VICTOR MANUEL.
» Refrendado, FARINI. »

Revista de Paris.

Paris disfruta con delicias de los días de sol que la corta temporada que llaman veranillo de san Martin le está proporcionando actualmente. Como el tiempo ha sido fatal este año, el mundo elegante ha regresado ya, si se exceptúan algunos cazadores que permanecen en sus tierras persiguiendo la liebre y el venado. Así es que el paseo del bosque de Boulogne está en el mes de noviembre como podría estarlo en enero ó en febrero, frecuentado por la mas elevada aristocracia. A decir verdad, aun no se habla de fiestas en los salones; pero en cambio los Italianos y la Opera reúnen una concurrencia escogida que aprovecha la ocasión de verse y visitarse en los palcos.

Esta semana se ha cantado *el Barbero*, esa ópera mas nueva cada vez y cada día mas aplaudida y admirada. Es verdad que sus intérpretes actuales son admirables: la Alboni, Ronconi y Mario. Ronconi ha sido saludado con fanatismo por los parisienses; ausente hace mas de diez años de Paris, ha sido reconocido y aplaudido como si nos hubiese dejado únicamente en la última temporada. No hay nada que decir en su elogio; es el barbero por excelencia, el hombre que sabe llenar completamente todas las exigencias características del héroe sevillano. Mario siempre el mismo; la distinción reunida á la gracia.

Ha llegado á Paris un sucesor del célebre M. Home; y decimos sucesor, porque ya le vemos ensalzado en las crónicas parisienses que le pronostican un porvenir semejante al de aquel americano.

Este nos llega en derechura de las nieblas de la Alemania ó de la Noruega, no se sabe á punto fijo.

Es un hombre jóven aun, pálido, nervioso, y mas representa una sombra fantástica que un ser humano.

Ya se ha presentado en algunas reuniones íntimas hablando de visiones y de espíritus ante un público escogido. Como de costumbre, los escépticos no faltaban en la asamblea.

Una señora de unos treinta años que habia escuchado con atención todo lo que habia dicho el extranjero sobre las apariciones, exclamó con resolución:

— Si todo eso es verdad, yo no tendria reparo en pedir que se apareciese aun cuando fuera un segundo nada mas, el primer sueño de mi juventud. Tenia yo diez y seis años, y al salir del colegio conocí á un primo mio que era un modelo de gracia y de elegancia... ¡Pobre jóven!... Mis padres me le destinaron para esposo, pero debí marchar á la guerra de Africa y allí murió peleando como un valiente.

A este doloroso recuerdo la señora no pudo contener un suspiro, y dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus hermosos ojos azules.

El extranjero no habia dicho nada; pero habia escuchado con el mayor silencio.

De repente se levantó; su fisonomía tenia una expresion extraña; sus ojos ardian y sus cabellos se erizaban como por influjo de una conmocion magnética y nerviosa sobre su cabeza.

— ¿Tiene Vd. miedo?

— No, señor.

— ¿Y tiene Vd. fe?

— ¿En qué? preguntó la señora casi temblando.

— En los difuntos.

La señora reprimió una melancólica sonrisa.

— Los muertos, repuso queriendo aparentar que estaba exenta de preocupaciones, los muertos no han vuelto jamás del país de las sombras para decirnos lo que allí pasa.

— ¿Quiere Vd. hablar con uno de ellos?

Todos los corazones palpitaban, y todo el auditorio estaba como suspendido de las palabras breves é incisivas del extranjero. La emocion era general; la señora á que nos referimos se habia puesto horrorosamente pálida.

— ¿Porqué no? exclamó tratando de dominar el terror de que estaba poseida.

— Entonces, tome Vd. este pañuelo.

Y la entregó un pañolito cuadrado de batista, tan trasparente como una gasa.

— Póngasele Vd. delante de los ojos, la dijo con imperio y mírese Vd.; la servirá de espejo.

La señora alzó extendido con sus dos manos aquel espejo diabólico, detrás del cual se habia quedado el extranjero; pero no tardó en dejar caer sus brazos, y arrojó un grito agudo precursor de un fuerte desmayo.

La llevaron en seguida á un gabinete, y solo al cabo de media hora recobró el conocimiento.

¿Qué habia visto en aquel pañuelo de batista?

Nadie se atrevió á dirigirla ninguna pregunta, pues al querer tratar del asunto, un temblor nervioso y convulsivo la arrojó de nuevo en un ataque doloroso.

¿Habia visto en efecto al jóven que habia sido el primer ensueño de su juventud?

Sea como quiera, al recobrar enteramente el uso de sus facultades, derramó un torrente de lágrimas.

Ninguna otra señora quiso hacer la prueba del pañuelo mágico, y el extranjero se retiró de la reunion dejando en ella un recuerdo misterioso y diabólico.

Nuestros lectores desearán saber quién es ese hombre y cómo se llama.

Hasta ahora solo le designan con el nombre de Karoll... quizá mas tarde llegarán á nuestra noticia otros pormenores:

En esta semana ha salido á luz un libro que se recomienda tanto por su mérito como por el nombre del autor; es del

compositor francés M. F. Halevy y se titula *Recuerdos y Retratos*. M. Halevy nos hace asistir á las sesiones públicas de la Academia de bellas artes durante un período de catorce años, y nos presenta un crecido número de biografías entre las cuales descuellan las de Britton, Gregorio Allegri, P. Fontaine, Jorge Onslow, P. Delaroche, Adolfo Adam, etc. La arquitectura, la pintura y la música andan reunidas.

Llama sobremanera la atención en este volumen interesante el retrato de Britton. Tomás Britton fué el primero que hizo penetrar en Inglaterra el gusto por los conciertos públicos.

Britton nació en el condado de Northampton en 1657, y entró de aprendiz siendo muy niño todavía en casa de un carbonero de Lóndres, quien principió por mandar llevar á costas un enorme saco cuyo contenido debia vender al por menor en las oscuras callejuelas de la Cité. Cuando llegada la noche entraba con el saco vacío, su amo le daba á guisa de cena un poco de tocino con pan; pero si no habia despachado el carbon, Britton no cenaba.

Al cabo de siete años pasados así, el carbonero le dijo que ya estaba enseñado. Britton se volvió á su aldea, donde con los ahorros que habia hecho aprendió á leer y á escribir. Sin embargo, pronto agotó sus pobres recursos, y necesitó buscarse la vida. Con este fin salió para Lóndres á pié, donde llegó sin un penique; no obstante, se ingenió para hacerse con un saco de carbon, y comenzó á pasearse de nuevo por la Cité para vender su mercancía.

Britton se iba haciendo hombre, y se iba despertando en él la afición á los libros y á la música.

Por aquel tiempo muchos señores de la aristocracia inglesa se mostraban apasionados á los libros viejos y á los manuscritos. El duque de Devonshire, los condes de Oxford, de Pembroke, de Sunderland y de Winchelsea, miembros del Parlamento, pasaban el tiempo registrando librerías, y todas las noches se reunían en un almacén donde se contaban los hallazgos preciosos que habian hecho.

Ahora bien, una vez que la asamblea estaba reunida, vieron entrar á un jóven tiznado de carbon que pedia noticias sobre un libro muy raro.

Le miraron con sorpresa; el hecho era inaudito, y nada mas se necesitó para interesar á los nobles lores.

Hicieron varias preguntas al carbonero, y sus respuestas le conciliaron las simpatías. Le trataron como á un igual; él supo conducirse como un gentleman, y desde aquel momento Britton fué considerado entre ellos como un amigo.

Pero á pesar de las ventajas que podia sacar de su protección, nada quiso cambiar ni en sus hábitos, ni en su traje, ni en sus gustos. Siguió siendo carbonero como hasta entonces, y en vano le pidieron que al menos se mudara de domicilio; no quiso abandonar la cuadra en que vivia.

— ¿Veis esta cuadra? les dijo; pues bien, á ella vendrán los personajes mas encopetados de Inglaterra.

Britton tenia un pensamiento que no tardó en realizar; reunió á los artistas mas famosos de Lóndres, y con su concurso organizó el famoso « Club musical. »

Esta reunion hizo furor, todas las celebridades aristocráticas de Lóndres quisieron entrar en el club. Si hubieran abierto salones suntuosos en el barrio mas elegante de Lóndres, nadie habria acudido; pero un club en una cuadra era una singularidad que debia chocar soberanamente.

Mas tarde, sin embargo, fué preciso buscar otro local; pues el primero habia llegado á ser insuficiente.

M. Halevy consagra algunas páginas al concierto de inauguración, entrando en pormenores con tanta minuciosidad que se diria estuvo presente en aquella fiesta.

Los conciertos principiaron en 1678 y se concluyeron en 1714, cuando murió Tomás Britton.

Dos palabras sobre su muerte, que fué tan singular como su vida.

Entre los miembros del club se contaba uno llamado Robe, que era juez de paz en el condado de Middlesex, y que entró un día acompañado de un herrador de su país.

Britton era un hombre sencillísimo en todas sus cosas.

El herrador era ventrilocu.

De repente, con una voz que parecia salir de las entrañas de la tierra, el herrador exclamó:

— Arrodíllate, Tomás Britton; ¡tu hora ha llegado!... Encomienda tu alma á Dios que vas á morir.

Britton se sintió inundado de un sudor frio. Se puso de rodillas y pidió á Dios que le socorriera.

Todos se apresuraron á tranquilizarle, pero él á nadie quiso oír; tuvieron que llevarle á su casa, y dos dias despues habia muerto presa de un terror indecible.

El ejemplo dado por el carbonero Tomás Britton no ha sido estéril; las sociedades de conciertos se fueron multiplicando desde aquella época, y cada vez con mas aceptación por parte del público.

MARIANO URRABIETA.

Un baile.

I.

Celebraba don Antonio
El santo de doña Pepa,
Y al efecto preparaba
Una alegre francachela;
Pues que, á fuer de caballero,
Juró, cuando era soltera,
Que aun despues de casada
Habia de hacer fiestas.
Don Antonio no es hermoso;
Doña Pepa es algo fea;
El es brusco hasta el extremo;
Ella, en verdad, poco diestra
En esto de cumplimientos,

De sociedad y etiquetas;
Pero se quieren, y basta
Para su dicha perfecta.
Gastan plata y buen humor,
Y cuando el día se acerca
Del patriarca san José,
Entonces es que comienzan
Los recaudos y las compras,
Los afanes y carreras
Para dar un bailecito
Y preparar una cena;
Y aunque una vez en el año,
Estó siempre lisonjea
A la chusma de pipiolos
Que á costa de la pareja
Bailan, comen, se trasnochán,
Se divierten y recrean,
Y de los cuales no hay miedo
Que ninguno lo agradezca.
Uno de estos soy yo mismo:
Yo, que de la amable Pepa
Soy amigo desde el año
Mil ochocientos cuarenta
En que un su primo halló en casa
Buena acogida y franqueza,
Cuando andaba perseguido
Por causa de las revueltas.
Mas esto no viene al caso:
Sigamos con doña Pepa.—
En semejante ocasion
Como lo dice ella mesma,
Será don Pacho el primer
Chicharron de la cazuela.

II.

Me preparaba á salir,
Pues urgentes diligencias
Me llamaban á la calle,
Cuando tocan á la puerta.
— ¿Quién es? — Yo soy. — ¿Qué decia?
— Que si *estai* mi amo don Pacho.
— *At* está, dijo el muchacho.
— ¿Cómo le va? — ¿Qué queria?
— Que *le espachaba* á decir
Mi señora doña Juana
Que es su señor, que mañana
Tenga la bondad de ir,
Porque tiene una *riunion*:
Que es una cosa casera,
Y que sin falta lo espera
Al punto de la oracion.
Hay aquí algun escondite:
Doña Juana ó doña Pepa...
— No, señor, mi *señá Chepa*
Le ha encargado del convite,
Porque como está ocupada
Con el horno y amasijo,
Sobre el convite *esque* dijo
Que no podia hacer nada.
— *Decile* que bien está;
Que si no hay inconveniente
A su mandato obediente
Sin falta allá me tendrá.

III.

A la mañana siguiente
Volvió á casa *Magdalena*,
Que así llamaba la criada
(Aunque no hace penitencia)
Con recaditos de su ama
Que dispense la franqueza
Que va á tomarse conmigo:
Que le preste unas bandejas,
Cuatro azafates pequeños,
Un convoy y una docena
De cubiertos que le faltan:
Que perdone la molestia;
Y que tan solo me ocupa
Por lo mucho que me aprecia.

Entreguella lo que dijo,
Aunque con cierta sospecha
De que aquella despedida
Habia de ser la postrera
Que le daba á mi convoy,
A mis platos y bandejas;
Mas no omití el cumplimento,
Aunque de dientes afuera,
De encargarla que dijese
Que en lo demás que se ofrezca
Mi placer será servirles,
Pues que mi pobre despensa
Está á su disposición
Con todo lo que ella encierra,

Llegó al fin aquella noche
 En que de grado ó por fuerza,
 Tenía que divertirme
 Y hacer cara placentera.
 A las cinco, poco menos,
 Arremetí la tarea
 De acicalarme y prenderme
 Como la mejor coqueta:
 Afeitéme con desgano,
 Puse en orden la melena,
 Mudéme otra vez camisa
 Con pereza ó no pereza;
 Me puse el chaleco blanco,
 La casaca dominguera,
 Los guantes de cabritilla,
 El reloj con la cadena;
 Y tomando la cachucha
 Y una capa mas que vieja,
 Salí pisando blandito
 Como gato por las tejas,
 Pues llevaba por desgracia
 Zapato y media de seda.
 Atravesé veinte calles,
 Pasé por cincuenta iglesias,
 Y al fin cansado y molido,
 Sin farol y sin linterna,
 Maldiciendo las tertulias
 Llegué á la casa de Pepa.

Para colmo de desdichas
 Cerrada estaba la puerta,
 Que hay personas que dan baile
 Y con cerrojo se encierran.

IV.

No faltarian algunos lectores que aguardasen que este artículo continuase en verso como comenzó, y á fe que tenían razon, porque aunque no es lo mas comun continuar y acabar las cosas como se comienzan, siguiendo siempre un mismo camino, sino variarlas todos los dias, á cada instante; sostener una opinion al principio y otra al fin; presentar un proyecto hoy y combatirlo mañana; romper un discurso en estilo sublime, con énfasis, con elacion, y concluir como la mula de alquiler; ofrecer el oro y el moro en un periódico y no cumplir nada; no obstante todo esto, yo siempre he sido formal en esto de cumplir mis promesas, y he tenido punto en pasar por hombre de bien, perseverante, fijo é inmóvil, como don Jorge.

Para evitar pues los cargos que sobre el particular pudiera hacerme algun lector poco indulgente ó algun enemigo, anticiparé y desvaneceré todas las suposiciones que es natural se hayan aventurado.

Se acordará Vd. que yo me habia quedado en la puerta de Pepa, que es en Mortiños Street, aguardando á que me abriesen; abríome al fin una criada hedionda, y entré por un zaguán angosto y oscuro, cuya direccion no podia seguir sino abriendo los brazos, como quien reza la estacion. Subí tambien por una escalera hedionda tambien y alumbrada por un farol que cuando nuevo seria de vidrio, pero que hoy es de sebo; esta escalera desembocaba en un corredor oscuro en donde se hallaban varios hombres, unos con capas, otros con capotes, otros en cuerpo, casi todos fumando tabaco y conversando *a sotto voce*, pero todos de buen humor. No he visto cosa que haga mas amables á las gentes que la expectativa de un baile: el hombre mas adusto se hace un caramelo en el corredor de una casa donde hay baile: el mas estirado y finchado se vuelve una jaletina al primer registro de los clarinetes: personas que no conoce Vd., á quienes no ha saludado jamás, vienen á darle la mano, y se la estrechan tan cordialmente que le hacen olvidar á Vd. como cauchú. Cuando Vd. vaya á baile tenga cuidado de quitarse los anillos que lleve (si es que Vd. es hombre de cargar anillos), pues de otro modo corre gran riesgo de que le hagan en los dedos una herida. Un grupo de cachacos estaba en la puerta de la sala atisbando lo que habia dentro, pero sin atreverse á entrar. Yo, para no hacerme singular, me quedé tambien en el corredor despues de haber sido introducido á la alcoba por la puerta falsa para que allí dejase mi capa y demás accesorios, y me acerqué á la puerta de la sala en donde mas parecia que se estaba velando á un muerto que disponiéndose á bailar. Habia una docena de señoras, parte de ellas en servicio activo, parte en disponibilidad, y otra docena retiradas con pension; el comandante de este depósito de retiradas parecia ser una vieja majísima, que miraba con ávidos ojos á los hombres que habia en la puerta, y que estaba empeñada en dar de alta en su depósito á varias jóvenes de las que todavía pueden hacer el ejercicio.

Como yo habia ido con intencion de divertirme de cuantos modos acostumbro yo á divertirme en un baile, me puse á examinar escrupulosamente cuanto a mi vista se presentaba, y cuanto á mis oídos llegaba. La sala era espaciosa, y la estera, aunque vieja y remendada, la habian barrido aquel dia. Los muebles no representaban ninguna época, ó por mejor decir las representaban todas, desde el siglo XVII hasta el año de 1846. Habia cinco canapés ó sofás, de los cuales solo dos eran iguales, fabricados por el maestro Garai

en 1832; los demás eran de distintas figuras, tamaños, colores y maderas, lo que provenia de que para aquella funcion habia sido necesario traer á la sala los muebles del cuarto de costura, los del estudio de don Antonio y los taburetes de guadamecil del comedor. Por esta misma razon se veian reunidas en la mejor paz y armonia cuatro silleas de paja desvencijadas, cinco forradas en damasco azul de lana y barnizadas de negro, y seis de guadamecil. El ropero de pino, que ordinariamente estaba en la sala como mueble de lujo, haciendo juego con una cómoda sin tiraderas, habia marchado de frente para el cuarto de Pepa, y dejado un buen espacio desocupado en la sala para la contradanza. El cajon del Niño Dios habia quedado sobre una mesa; pero los platos y vasos de cristal que lo rodeaban habian marchado para la despensa, destinados por el poder ejecutivo á servir la horchata y bizcochos de ordenanza. En lugar de colgadura de papel habia un friso pintado con brocha gorda, haciendo unas guirnalda y flores que mostraban la risueña imaginacion del pintor. De las vigas atravesadas que ocupaban el lugar del cielo raso, pendian dos bombas de vidrio desiguales y una guardabrisa, en cada una de las cuales habia una vela de sebo. Sobre la cómoda habia pomadas, frascos de aguas de olor y copas de champaña, que habian quedado francas aquella noche, porque no habiendo champaña que beber, no podian estar de facion en la despensa. Enfrente de la puerta de la alcoba, que estaba adornada con unas cortinas zanconas de muselina blanca lisa con fleco de pelotitas, se presentaba como un monumento histórico y venerable la cama matrimonial, no ciertamente tan antigua como sus actuales dueños, pues databa del año de 25, pero sí de una construccion maciza y pesada, con gruesas columnas amarillas, talladas bestialmente: parecia un gran sepulcro del orden toscano. Aquel dia la cama estaba limpia y cubierta con una gran colcha de damasco de lana; junto á aquel dichoso tálamo y á la cabecera de él, una imagen de los Dolores, tan dolorosamente mal hecha que daba compasion. Por último y á retaguardia, los baules, perchas y demás muebles, que sin duda hacian parte de la funcion, pues se habian quedado allí á la vista de todo el mundo.

Cuando yo asomé las narices por la puerta de la sala, no vi en ellas sino mujeres, que por lo inmóviles y silenciosas, me recordaron la coleccion de estatuas de los Barreras; todas estaban sentadas en fila como un batallón, todas calladas, todas mirando oblicuamente á sus compañeras de barlovento y sotavento, todas con las manos sobre las rodillas ó con los brazos cruzados; á ninguna se le ocurría hablar á su compañera una palabra, decirla que vivia muy lejos, que la noche estaba muy hermosa, que en Bogotá hay pocos bailes, nada; estaban como peleadas; cualquiera hubiera dicho que era un certamen del colegio de la Merced, y que las alumnas aguardaban á los examinadores. Pero á la vista aquel grupo era muy alegre, demasiado alegre; una tenia traje rosado con adornos verdes, otra traje azul con adornos blancos, otra amarillo, otra verde, otra negro, otra blanco, otra pintado, otra listado; cual vestia seda, cual muselina, cual zaraza; esta llevaba manga corta con guante tambien corto; aquella manga larga; la de mas acá cotilla; la de mas allá corpiño de cuello; una peinaba sencillamente; otra llevaba un jardin en la cabeza, y se habia metido las flores y los ramos hasta detrás de las orejas. A ninguna le habia ocurrido que la sencillez y buen gusto constituyen la elegancia, que un traje blanco ligero, sobre ser poco costoso, da á la mujer un aire angelical, un aspecto aereo y fugaz; que un ligero adorno en la cabeza puesto con gracia, vale mas que todos los ricos aderezos y brillantes pedrerías; que una mórbida garganta desnuda es mas encantadora que todas las cruces, esmeraldas y cuentas de oro, que solo usan las plateras y las indias entre nosotros, y las negras en otras partes.

En este punto iba yo de mis observaciones, cuando un fuerte redoble de tambor me sacó de mi distraccion, y por el pronto me trasladó á un campo de batalla. Como yo estaba preocupado con la idea de que aquella hilerá femenil era un cuerpo de linea que estaba aguardando la voz de su comandante, la ilusion vino á ser completa, y decididamente creí que estaba presenciando una revista de tropas.

(Se concluirá.)

(De la Guirnalda de Bogotá.)

El palacio de Heidelberg.

Mas lentos, mas tenaces, menos amigos de los cambios que los demás pueblos, los alemanes estaban todavía en la arquitectura romana cuando el arte gótico dominaba ya en Francia; así sucedió que tambien conservaron este último mucho mas tiempo una vez que le hubieron adoptado. De tal modo reinaba entre ellos, que han conservado hasta nuestros dias la escritura del siglo XV, en tanto que por todas partes se empleaba ya la del XVI. ¿Cómo no creer pues que un pueblo tan perseverante en sus antiguos hábitos no hubiese inventado formas que le eran tan caras? Justamente porque habia tardado en moverse, hubo criticos superficiales que creyeron que habia enseñado el camino, y se imaginaron que habia sido el primero porque se habia quedado el último de los góticos.

La arquitectura del renacimiento, en efecto, declinaba ya en Francia cuando la Alemania principiaba á adoptar lo que creian era el estilo antiguo. Sus dos pin-

tores mas notables, Alberto Durrero y Holbein, aunque atravesaron los Alpes, continuaron siendo alemanes, protestantes y góticos. La reforma religiosa les impidió hasta cierto punto adoptar la reforma en el arte.

Esta razon debia influir mucho mas en los constructores, si es cierto que la arquitectura es uno de los testigos mas irrecusables de las creencias de un pueblo. En el siglo XIII las grandes catedrales de Francia estaban levantadas cuando los arquitectos alemanes comenzaron á copiar las de Amiens y de Beauvais para edificar Nuestra Señora de Colonia. En el siglo XVI esperaron á que los palacios de Madrid, de Blois, de Chambord y de Fontainebleau estuviesen en pié, á que se hubiese transformado el Louvre, y Filiberto de Lorme hubiese comenzado las Tullerías, para intentar algunos ensayos en Estrasburgo, en Dantzic y aun en Heidelberg, antes de adoptar el nuevo estilo. Todos saben lo que era este estilo en Italia y lo que habia producido, y nosotros no lo diremos aquí, porque el renacimiento alemán nos parece inspirado mas bien de los monumentos de la Francia que de los de la Península. Es cierto que estos últimos indujeron á los franceses á modificar su arquitectura y á volver á las formas antiguas; pero los hábitos seculares de independencia, adquiridos en la práctica del sistema ogival, les permitieron dar un sello particular á sus primeras construcciones. A las grandes líneas, á las anchas superficies lisas de que siempre han gustado los italianos, sustituyeron los franceses la gracia, el capricho y la multiplicidad de los detalles. Antes de la intrusion de los extranjeros en Fontainebleau, los arquitectos franceses de ese palacio con los de Blois, Chambord y Gaillon, supieron dar á sus construcciones un carácter individual. No era ni el estilo antiguo, ni el de Roma ó Florencia, sino que era como un hijo bastardo del templo y de la catedral, del anfiteatro y del castillo feudal. Era mezcla de formas á menudo incoherentes, pero tan bien combinadas que la crítica no puede juzgarlas severamente. Esta incoherencia en la riqueza se halla en Heidelberg en las construcciones que mandó levantar el conde palatino Otto Henry, de 1556 á 1559.

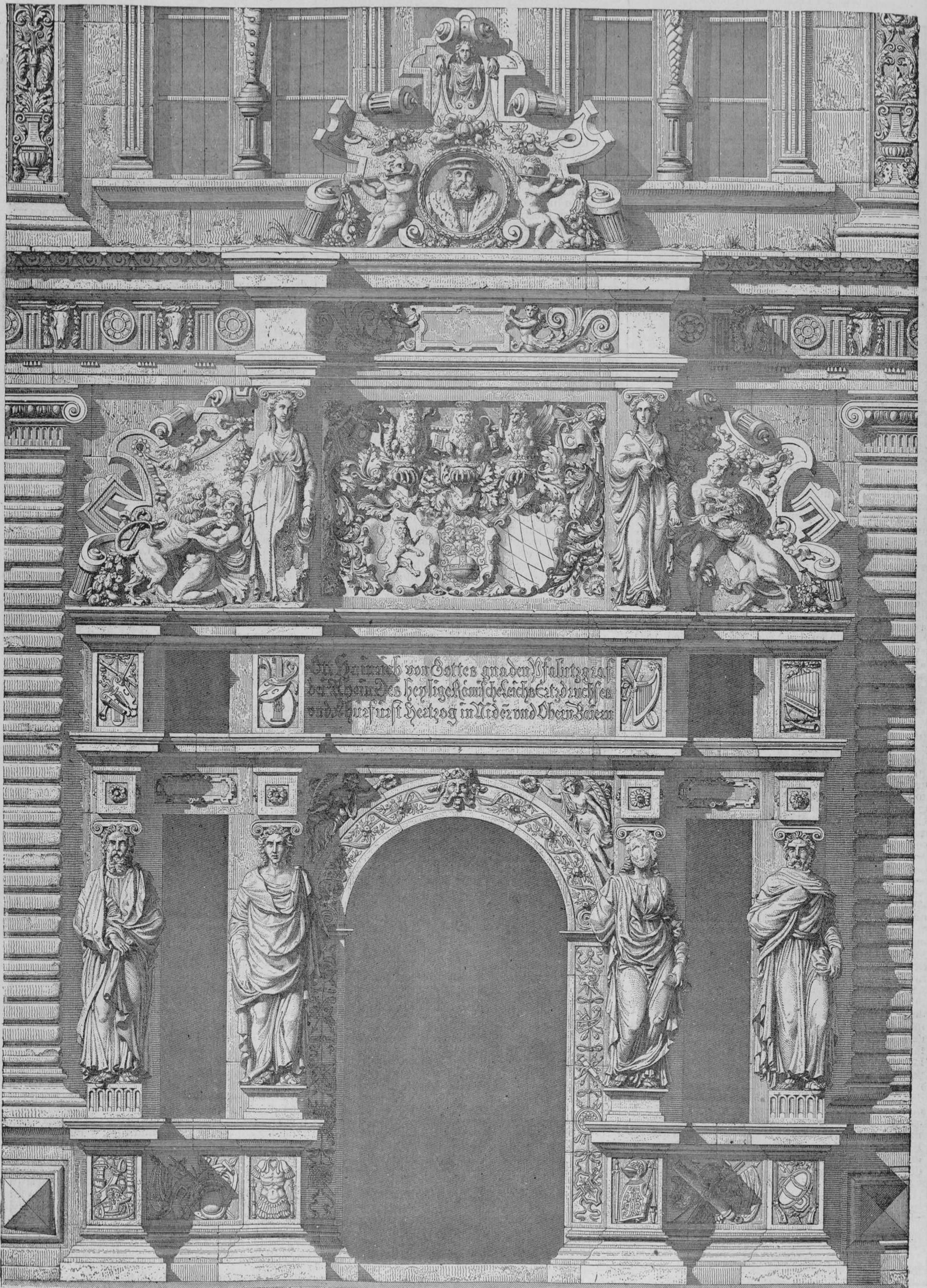
Esta posicion fuerte en la confluencia del Necker y del Rhin, siempre ocupada militarmente por los poseedores del terreno, celtas, romanos y francos, vió, á partir de Conrado, hermano de Federico Barbaroja, que las construcciones se añadan á las construcciones desde el siglo XII hasta el XVII. Las torres defendieron los cuerpos de casa, y los palacios se abrigaron detrás de las torres. Luego la guerra, destruyendo una parte de esos edificios, vino á unir el carácter pintoresco de las ruinas á lo pintoresco de tantas construcciones incoherentes, y á producir esos restos que todos los viajeros han descrito y admirado. El pincel, el lápiz ó el buril, no habian mostrado hasta ahora de Heidelberg mas que esos aspectos románticos que llaman la atencion á primera vista; la guerra y las rapiñas, los amores y las canciones báguicas; las baladas; los caballeros armados y las niñas inocentes; lo real y lo fantástico salian por las grandes troneras del torreón cuya silueta gigantesca dominaba los montes, los bosques, las llanuras y el ancho valle por donde corre el Rhin.

Pero la fotografia moderna conspira contra la poesía, y las publicaciones serias y exactas combaten á todo aquel mundo de caprichos. Una obra de ese género acaba de llevar á buen fin M. R. Pfnor, que no se ha ocupado en las ruinas de Heidelberg mas que de las construcciones diversas levantadas durante el siglo XVI; de manera que su obra puede pasar por un estudio sobre el renacimiento en Alemania.

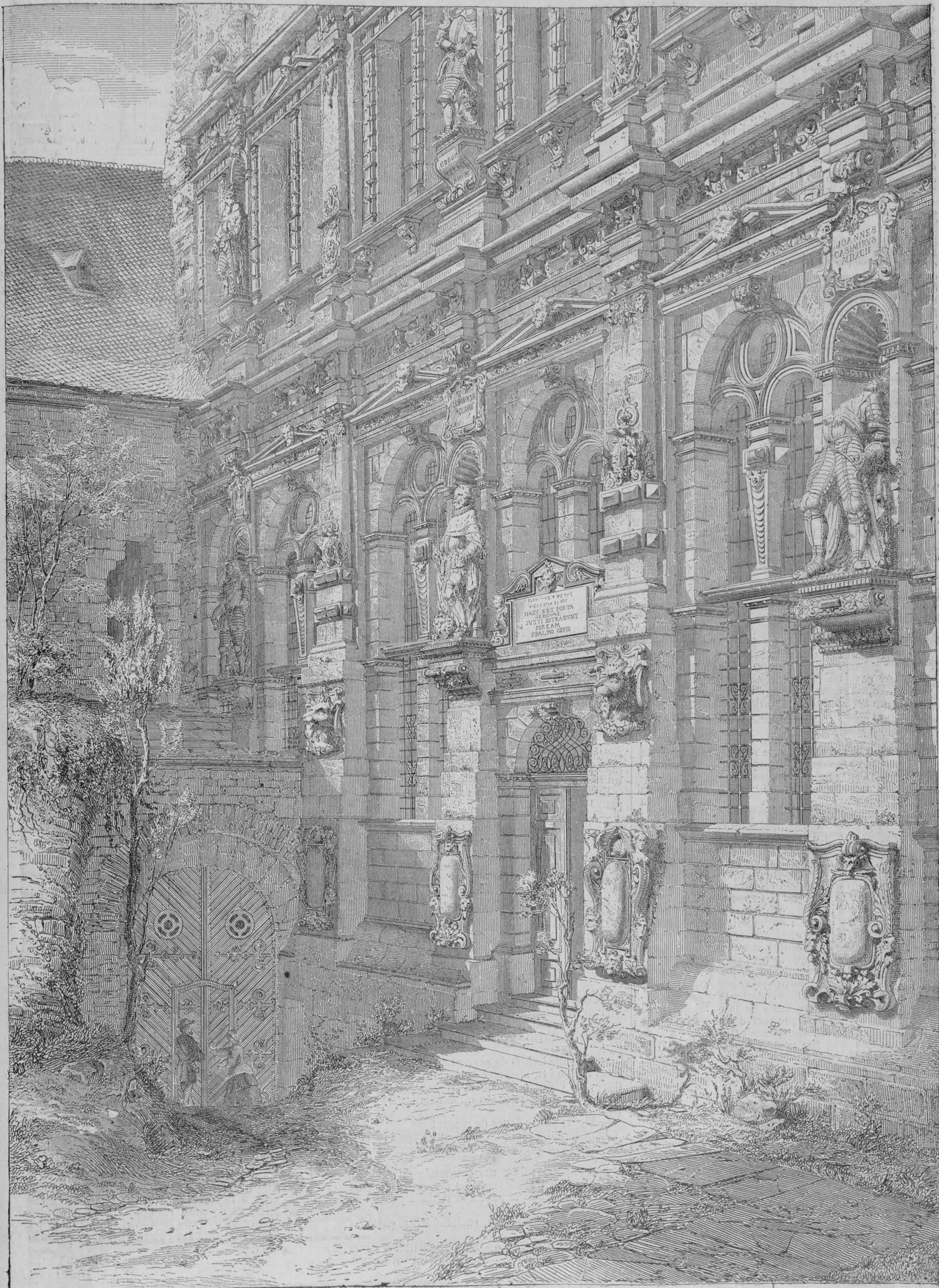
La primera aparicion del renacimiento en Heidelberg se encuentra en las adiciones hechas á las construcciones levantadas por Ruperto en el siglo XV. Es una chimenea construida en 1546 por las órdenes del palatino Federico II bajo la direccion de Haidern. Los pilares con finos arabescos, los medallones de quimeras y delfines, el manto con los leones del palatinado, que tienen escudos en sus garras, todo ello es puro renacimiento franco-italiano, tan delicado en sus perfiles y tan abundante en detalles. Viene despues la construccion levantada por Otto-Henry durante su corta dominacion de 1556 á 1559.

Reproducimos un fac-simile de la hermosa lámina de M. R. Pfnor, que representa la entrada de ese edificio notable. M. D. Ramée, antes del texto de la obra á que nos referimos, dice «que su conjunto es de una entera tranquilidad; que su concepcion es muy arquitectónica, que está bien articulada y debe llamar la atencion de los inteligentes.» Creemos en efecto que así debe ser, pero á causa sobre todo de su poca tranquilidad. En cuanto á los inteligentes, podrian tener mucho que decir acerca de las proporciones de esas ventanas tan recargadas de ornatos que no tienen nada de arquitectónicos, pues en manera alguna se hallan en la esencia de la arquitectura. Todo eso es una simple decoracion añadida al monumento; y muchos de esos ornatos son un contrasentido. ¿Qué significacion tienen, verbigracia, los degüellos que cargan con una monotonía desesperante la cornisa separatoria del piso bajo y del primer piso? ¿Qué son esas estatuas, esos términos cuya base se ve y que están contra las ventanas del primer piso? ¿Porqué los atributos de la guerra esculpidos en el basamiento del monumento? ¿Porqué los trofeos de instrumentos de música en el friso? ¿Porqué mas arriba las cabezas de buey? ¿Conduce esa entrada á un arsenal, á un salon de baile ó á un matadero?

Si quisiéramos analizar toda la fachada que se eleva detrás de esa puerta, cuánto tendríamos que decir:



EL PALACIO DE HEIDELBERG. — PORTADA DEL PALACIO DE OTTO HENRY (1556).



EL PALACIO DE HEIDELBERG. — PABELLON DE FEDERICO IV (1601).

aquí consolas inútiles, allí columnas con círculos como cañones; luego en los nichos una mezcla de los reyes de Israel, de los dioses y diosas del Olimpo, de las Virtudes teológicas y cardinales, con medallones de emperadores romanos capaces de desafiar al simbolista más atrevido.

Y esto consiste en que la inteligencia de la antigüedad estaba cerrada para los artistas que pretendían resucitarla porque la tomaban formas y ornatos cuyas funciones no comprendían. Nuestra admiración por las obras de aquel tiempo debe detenerse á menudo en la superficie; pues si quisiera darse cuenta de sus impresiones, el análisis destruiría pronto todos los hechizos. Es preciso abandonarse á las seducciones del capricho, de la fantasía, del gusto por los detalles, y reconocer que todo lo que hay de vivo y de personal en el renacimiento procede de los hábitos de independencia que tuvieron los artistas de la edad media.

Más tarde, á medida que la antigüedad se estudió mejor, esa independencia desapareció poco á poco, y la reemplazó esa monotonía que según M. Ramée tienen los monumentos de la edad media. Hasta ahora se había dicho de ellos lo contrario: eran producto, decían, de la ignorancia y de la fantasía, de la barbarie y del capricho más monstruoso. Los recién convertidos al culto del renacimiento los encuentran monótonos y tristes. Tristes, es verdad, porque están despojados del brillo de sus ornatos, pero no más tristes seguramente que los muros desnudos de los palacios de Otto Henry.

Devolved á la catedral, con el esplendor de los cristales, el de las decoraciones pintadas en las paredes; devolvedla sus urnas esmaltadas, sus altares de plata que protegían las cortinas tejidas de oro, las lápidas, las efigies tumulares, las obras pintadas, esculpidas ó fundidas que la devoción colgaba de los muros ó levantaba en el suelo; haced que el interior esté tan rico y vivo como los pórticos animados por todo un mundo de estatuas, y seguramente una catedral así podrá ser solemne y grave, pero no triste. Ahora encended los cirios; que suba el incienso por la nave; que resuene el órgano; que un clero numeroso vestido de rica seda entone sus cánticos, y que la muchedumbre de los nobles y las damas y los ricos llene la iglesia, y no hay que temer que engendre tristeza ninguna semejante espectáculo.

Haced lo mismo en el castillo feudal; dadle todo su lujo, sus habitantes y sus banquetes, y vereis cómo no está triste, aunque lo está actualmente.

Los hombres en todo tiempo han sido hombres. Siempre han necesitado espectáculos, fiestas y alegría. La iglesia les daba el espectáculo y la fiesta en sus ceremonias piadosas y en sus dramas litúrgicos; como se los daba también la nobleza en sus torneos, y la clase comerciante en sus ferias famosas, donde se vendían contundidos todos los productos de Oriente y de Occidente. La alegría la buscaba cada cual según sus gustos, en las asambleas, en la taberna ó en la familia.

Pero hoy se encuentran iglesias despojadas y castillos ruinosos, y se cree que un aburrimiento mortal pesaba sobre los hombres que ponían su orgullo en embellecer esas iglesias y en dar un aspecto imponente á esos castillos. Después nos figuramos una edad media de pura fantasía, bárbara, brutal é ignorante.

Como todas las cosas de este mundo, el arte de la edad media tuvo sus debilidades y su decadencia; por eso el renacimiento fué una reacción legítima. Pero habiendo sido arrebatada y poco inteligente, como toda reacción, es preciso discutirla y estar en guardia contra las admiraciones excesivas.

La exuberancia en la ornamentación que en el gótico de la decadencia, sobre todo en Alemania, ocultaba la construcción bajo los detalles, caracterizó el primer renacimiento, y un ejemplo tenemos en la entrada del palacio de Otto Henry. Pero este lujo pareció indigente, y la poca reserva que se nota en la disposición general pasó por cordedad; entonces la excesiva pesadez de la arquitectura vino á juntarse con la multiplicidad de los detalles. Mas aun que en la época anterior desconocieron lo que era la piedra, la madera y el hierro; los metales que se forjan y los que se vacían; las rocas y las piedras preciosas; lo que se talla para los edificios y para las joyas cinceladas; olvidaron que la carpintería se hace de madera y el cortinaje de tela. Entonces, de 1607 á 1610, el conde palatino Federico IV elevó el cuerpo de casa cuya vista copiamos de la obra de M. R. Pfnor. No se ven ahí más que cartuchos salientes, consolas, mascarones que levantan sus cabezas más allá de las cornisas que deberían protegerlas; estatuas teatrales que no caben en sus nichos; pirámides salientes; calados que parecen hechos en madera y aplicados á la piedra con unos clavos, cortinajes, etc. Sebastian Gotz, de Coira, es quien ejecutó en tierra encarnada todas esas estatuas de los antepasados de Federico IV y toda esa ornamentación de un lujo demasiado exuberante. Ahí se reconocen en la piedra todas las ficciones que Martin de Vos y Dieterlin trazaron en el papel ó el cobre, sin gran cuidado por la posibilidad de su realización. Lo peor que se puede decir aquí es que esa arquitectura es una arquitectura de dibujante. Así M. Ramée ante la fachada de Federico, rebaja un poco la admiración que manifestó en presencia de la del palacio de Otto Henry.

M. Ramée ha estudiado demasiado la historia de la arquitectura para hacerse ilusiones mucho tiempo ante el capricho sustituido á la razón. Sin embargo, no hay necesidad de ser injustos con los constructores y adornistas del renacimiento en Heidelberg, pues unos y otros han mostrado mucha imaginación y mucho

gusto en cada detalle en particular, si no en el conjunto. Las láminas de M. R. Pfnor dan estos detalles en proporciones suficientes para el estudio. En cuanto á los amantes de la historia del arte, estos hallarán en la obra curiosos asuntos de comparación sobre la naturaleza y rapidez de la marcha de las diferentes corrientes nacidas del renacimiento italiano.

Las tropas de Luis XIV convirtieron en ruinas esas construcciones apenas terminadas, por los años 1688 y 1690. Por eso M. Ramée clama contra «aquel rey devoto y licencioso, de un entendimiento limitado, ignorante y por consiguiente fanático, celoso de la reputación de hermosura y riqueza de Heidelberg, que aun en ruinas, rivalizará siempre con la arquitectura vulgar del palacio de Versalles, cuyo único mérito es la extensión que ocupa.»

Por celos ó por necesidades de la guerra, la ruina fué tan grande que no se pudo pensar en una restauración. Únicamente quedaron intactas las fachadas que se ven en nuestros dibujos. Los jardines dibujados y trazados por Salomon de Caux en 1621, no fueron más respetados que el palacio.

A. D.

UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuación.)

A estas palabras resonaron de nuevo las voces, pero Jacobo Baines pudo apaciguar otra vez á sus compañeros.

John Halifax permanecía en su puesto. Seguramente le conocían, pues oí muchas palabras por este estilo que se decían aquellos hombres:

- No le hagáis mal ninguno.
- Ha sido muy bueno para mi hijo.
- Es bueno en todo y por todo.
- Ha venido aquí tan pobre como nosotros, etc.

Al fin una voz trémula se oyó entre las demás, diciendo:

- Jóven, ¿has tenido hambre alguna vez?
- Sí, muchas veces.

Esta respuesta breve é inesperada restableció el silencio en la multitud.

La misma voz repuso:

— Habla, no te haremos ningún daño, eres de los nuestros.

— No, no soy de los vuestros. Me avergonzaria de acudir de noche á prender fuego á la casa de nadie.

Temí una nueva borrasca; pero no, aquellos hombres prestaban oídos á aquella voz clara y firme que no demostraba la menor emoción.

— ¿Y todo porqué? prosiguió diciendo; porque no quiere venderos su trigo; ¿un hombre no es dueño de hacer lo que se le antoje con lo que posee?

El argumento pareció justo. Siempre en el pueblo hay un cierto sentido de justicia, aun en el pueblo más grosero.

— ¿No veis que es una locura obrar así? Habéis recurrido á las amenazas, conociendo á Abel Fletcher, pues muchos de vosotros trabajáis en su tenería; no es un hombre que se asusta con amenazas.

Estas últimas palabras fueron bastante mal acogidas, pero John prosiguió diciendo:

— Y á mí tampoco me amenaza nadie impunemente. Podreis estar seguros de que habria hecho fuego contra el primero que hubiese puesto los pies en casa de Abel Fletcher; pero preferiria no hacer uso de mis armas contra vosotros, pobres hambrientos, pues sé muy bien lo que es tener hambre, y os compadezco con toda mi alma.

El murmullo que siguió á estas palabras compasivas no pudo engañar á nadie.

— Pero ¿qué debemos hacer, M. Halifax? exclamó Jacobo Baines; nos estamos muriendo de hambre.

John se conmovió profundamente. Alzó la cabeza; echó atrás su cabello con el ademán que le era particular, y luego, dirigiéndose hácia la verja, exclamó:

— ¿Si os diera algo de comer, me escucharíais luego? Resonó un grito general de asentimiento.

¡Pobres miserables! No combatían por sostener un principio verdadero ó falso, no; combatían por su propia vida. Habrían dado hasta su alma por un pedazo de pan.

— Pero me habeis de prometer conducirnos bien, dijo John así que se restableció la calma. Sois de Norton-Bury, os conozco á todos y podria haceros ahorcar, aunque Abel Fletcher sea un cuáquero. ¿Me lo prometéis?

— Sí, sí; pero ¿danos de comer!

John llamó á Jael y la pidió que trajera todos los comestibles que habia en la casa y los sacase por la ventana.

Jael obedeció; hoy me sorprende su conformidad, pero siguió fielmente todas las órdenes. Únicamente la oí fijar la barra de la puerta de entrada y retirarse ahogando un sollozo.

— Ahora, amigos míos, exclamó John, entrad.

Y abrió la verja.

La turba se precipitó sobre el peristilo. No eran unos cuarenta como he dicho; pero Dios me preserve de volver á ver en mi vida cuarenta hombres como aquellos.

Se arrojaron como fieras sobre todo lo que John les distribuyó. La carne cocida y cruda, los panes, la ver-

dura, todo fué arrebatado y devorado; luego al hambre sucedió la sed.

— Agua, Jael, traed agua, gritó mi amigo.

— Cerveza, exclamaron algunos.

— Agua, repitió John, nada más que agua; no quiero hombres borrachos á la puerta de mi amo.

Y por casualidad ó de intento, hizo resonar su pistola; pero esto era apenas necesario. Todos ellos se hallaban contenidos por un arma más poderosa, la voluntad.

Cuando hubieron consumido todos los alimentos, John les dijo que se habían acabado, y lo creyeron. La mayor parte de ellos estaban hartos ya... Agobiados por una larga abstinencia, hubo algunos que estuvieron para desmayarse sin tener fuerzas para tragar el último bocado; otros, después de haber comido como animales, se extendieron sobre el peristilo; apenas dos ó tres habían comido como personas razonables; y uno solo, el hombre de la voz trémula, me preguntó si podía tomar un pedazo de pan para llevárselo á su anciana esposa.

John se volvió y me vió por primera vez.

— ¡Oh! Phineas, estábais ahí; mal hecho; pero en fin, ahora ya no hay peligro.

No, ya no había peligro, ni aun para el hijo de Abel Fletcher; yo me hallaba bien seguro al lado de John; me enorgullecía de llamarme su amigo.

— Amigos míos, exclamó echando una mirada serena en torno suyo, ¿habeis comido bien?

— Sí, sí, exclamaron todos.

— ¡Alabado sea Dios! gritó uno de ellos.

— Muy bien, Jacobo Baines; otra vez confiad en Dios.

Si hubiérais tenido confianza en él, no estaríais aquí esta mañana, añadió mirando al horizonte alumbrado ya por la aurora, después de haberos entregado á toda clase de violencias, exponiéndoos á ir á presidio y á dejar pereciendo á vuestra familia.

— Ya está medio muerta de hambre, repuso Jacobo con aire sombrío. Nosotros hemos hecho una buena comida gracias á vos; pero ¿y mis hijos que están en casa? M. Halifax, continuó con aire desesperado, es preciso que hallemos de comer de un modo ú otro.

John se volvió; parecia estar muy conmovido. Un hombre se deslizo detrás de él:

— M. Halifax, cuando estábais en la miseria, os presté un pedazo de alfombra para dormir; no os echo en cara el favor; pero M. Fletcher es un hombre muy duro.

— Y un hombre muy justo, añadió John con aire resuelto. Trabajando para él, bien sabéis que no os ha quitado jamás medio penny. Si hubiérais ido á decirle: Señor amo, los tiempos son duros, no podemos vivir con nuestro salario; quizá (no digo que estuviera obligado á ello), quizá os habria dado el alimento que habeis querido robarle.

— ¿Creeis que quiera dárnosle ahora? preguntó Jacobo acercándose á John y mirándole de hito en hito. Te he conocido cuando eras un pobre muchacho; hoy eres un jóven, quizá un día serás padre. ¡Oh! M. Halifax, ojalá vuestra mujer y vuestros hijos no conozcan jamás el hambre, si en el día quereis obtener un pedazo de pan para los nuestros.

— Lo probaré, amigo mio.

Me llevó aparte y me sometió una idea que acababa de ocurrirle. Era dar unos bonos con los cuales cada hombre que se presentara en el molino recibiria cierta cantidad de harina.

— ¿Crees que mi padre consentirá en ello?

— Creo que sí.

— Yo lo creo también, repuso al cabo de un instante de reflexión; además, si se negara, se expondría á perderlo todo; pero ese temor no le decidirá; es un hombre justo... Jael, dadme papel y pluma.

Se sentó tranquilamente, lo mismo que si hubiese estado solo, y se puso á escribir.

Yo miraba por encima de su hombro y admiraba su letra, pero más aun admiraba la prontitud y la precisión con que sabia combinar y poner en ejecución sus ideas. Poseía en alto grado el tacto de los negocios, facultad demasiado desdenada, que á menudo hace de un hombre ordinario un hombre hábil, y sin la cual el más hábil no puede llegar á ser nunca un hombre superior.

Pero cuando se trató de firmar los bonos, John se detuvo de repente:

— No, yo no puedo firmarlos.

— ¿Y porqué?

— Porque no tengo derecho para hacerlo; vuestro padre podria incomodarse.

— ¿Después de lo que ha pasado esta noche?

— ¡Oh! eso no es nada. Tomad la pluma, Phineas, á vos os toca.

Le obedecí.

— ¿No vale esto más que ser ahorcado? dijo mi amigo después de haber repartido los papeles entre aquellos hombres, explicándoles claramente lo que valían. No hay otro propietario en Norton-Bury que no hubiese recurrido á los soldados si hubiérais ido á pegar fuego á su casa, ó que no hubiese muerto á la mayor parte de vosotros como perros rabiosos y enviado á los restantes á la cárcel. Y nosotros, á pesar de vuestras fechorías, os dejamos tranquilamente que volvais á vuestras casas, después de haberos alimentado y haberos dado alimento para vuestros hijos. ¿Y porqué obramos así?

— No lo sé, dijo humildemente Jacobo Baines.

— Voy á decirlo; porque Abel Fletcher es un cuáquero y un cristiano.

— ¡Hurra por Abel Fletcher! ¡Hurra por los cuáque-

ros! exclamaron todos haciendo resonar los ecos de Norton Bury, que ciertamente jamás habían repetido tales aclamaciones.

Así se terminó el motín.

John cerró la puerta del vestíbulo y entró en la sala baja. Apenas podía sostenerse; Jael le puso una silla. ¡Pobre mujer! Ella se enjugaba los ojos. John se sentó pálido y temblando sin poder pronunciar una palabra. Yo puse la mano sobre su hombro; él la tomó, y estrechándola vivamente, exclamó:

— ¡Oh! Phineas, ¡cuán contento estoy! ¡todo se ha acabado!

— Sí, gracias á Dios.

— ¡Oh! sí, gracias le sean dadas.

Se quedó un instante inmóvil con la mano sobre los ojos, y luego se levantó: estaba pálido, pero ya parecía hallarse más firme.

— Ahora, vamos á buscar á vuestro padre.

Le encontramos sobre la cama de John durmiendo todavía; se despertó á nuestra llegada. ¡Había envejecido diez años desde la víspera! Al ver á John pareció sorprendido y descontento.

— ¡Eh!... ¿adónde vas?... ya recuerdo... ¿y mi hijo?... ¿En dónde está Phineas?

Yo me arrojé en sus brazos; mi padre me pasó la mano por la cabeza y me acarició maquinalmente, como si fuera un niño.

— ¿No estás herido?... ¿Nadie lo está?...

— No, dijo John, y la casa y la tenería están salvadas.

— Mi padre se sorprendió.

— ¿Cómo es eso?

— Phineas os lo dirá; pero mejor sería que os lo contara en casa.

— Mi padre insistió. Yo le conté entonces lo que había pasado, sin hacer el menor comentario sobre la conducta de John, por temor de desagradarle. Además los hechos hablaban por sí mismos.

Abel Fletcher que al pronto había escuchado en silencio, tomó su sombrero de alas anchas y se le caló hasta los ojos. No pronunció una palabra, no hizo un movimiento, ni siquiera cuando le hablé de la harina que habíamos prometido en su nombre.

No habíamos calculado sin embargo que esto sería una pérdida considerable para él.

John le preguntó al fin si estaba satisfecho.

— Sí; estoy muy satisfecho.

Y después de haber pronunciado estas palabras, se quedó tanto rato inmóvil con las dos manos cruzadas sobre sus rodillas y su sombrero calado hasta los ojos, que principiábamos á sentir una vaga inquietud.

John le dirigió la palabra con un tono tan suave como el que habría podido emplear un hijo.

— ¿Padeceis mucho aun? ¿Puedo ayudaros á ir á vuestra casa?

— Mi padre alzó los ojos á él, y tendiéndole una mano le dijo:

— Te has portado muy bien; te has mostrado bueno para nosotros, y te doy gracias.

John no respondió; pero todas las palabras del mundo no habrían dicho tanto como su silencio.

— Ayudamos á mi padre á volver á casa.

Abel Fletcher entró apoyado en el brazo de John y le dijo que entrara.

El recuerdo de lo que había pasado allí mismo hacía dos años estaba presente en nosotros.

— Si soy bien recibido entraré, respondió John.

— Puedes entrar.

En efecto, se adelantó y tomó asiento á nuestro lado, pero parecía estar agitado y mi padre no lo estaba menos. Me acerqué á este, y le dí gracias en voz baja por la buena acogida que acababa de hacer á mi amigo.

— No tienes que darme gracias, repuso volviendo á su sequedad; lo que hice una vez fué justo, al menos así lo creo; y lo que me propongo hacer ahora lo es también. ¿Qué edad tienes, John?

— Veinte años.

— Desde hoy te tomo como aprendiz durante un año, aunque ya entiendas los negocios tanto como yo. A veinte y un años podrás establecerte por tu cuenta, ó asociarte conmigo; veremos. Pero, añadió después de haberme echado una mirada dolorosa, acuérdate que has tomado en cierto modo el lugar de mi hijo. ¡Que Dios obre contigo como obres tú con mi querido Phineas, mi hijo único!

— Así sea, respondió John.

Dios que nos ve á entrambos, y quizá menos apartados uno de otro de lo que se podría creer, Dios sabe si John ha cumplido ó no su promesa.

IX.

— ¡Phineas, eso es un prodigio! ¡Dar la vuelta al jardín sin detenerse una sola vez y al cabo de un mes de enfermedad!... Sin embargo, debéis descansar un rato.

No deseaba yo otra cosa, pues estaba muy débil. Pero la enfermedad no me abatía tanto como en otro tiempo: John estaba á mi lado. Su alegría, su buen humor parecían comunicarme su vida y su salud.

Cuando me hallé restablecido, que fué al cumplirse un mes del alboroto, me figuré que no volvería á caer enfermo mientras tuviera á mi lado á mi amigo, y se lo dije riendo.

— Muy bien, me respondió; os cojo la palabra. Entre tanto hé aquí un periódico; escuchadme, y poneos al corriente de lo que pasa. Los sucesos deberían inau-

gurar el nuevo siglo que ha comenzado con el año. ¿No os parece original el tener que trazar por la primera vez: 1800?

— A propósito, John, ¡qué magnífica letra tienes ahora!

— ¿Os parece así? Esto honra mucho á una persona que yo conozco. ¿Os acordáis de mi primera lección en lo alto del Mito?

— Quisiera saber qué ha sido de aquellos dos caballeros que conocimos aquel día.

— ¿No lo habeis oído decir? El jóven M. Brithwood ha heredado á su padre, y se ha casado el mes último con una señora extranjera muy hermosa.

— ¡Ah! ¿Y M. March?

— No sé lo que ha sido de él. Vamos, ¿os leo el periódico?

John leía bien, y yo le escuchaba con mucho gusto. Recuerdo que se trataba de dos nuevas plazas plantadas de árboles y de flores.

— Londres debe ser una ciudad muy hermosa.

— Sí, mucho desearía verla. Vuestro padre me ha dicho que quizá me enviará este invierno para negocios. ¡Qué bueno sería que pudiérais venir conmigo!

Yo meneé la cabeza. No me sentía dispuesto á dejar el apacible retiro que me ofrecía todo lo que yo deseaba y amaba en el mundo. Parecíame que no podía menos de perder en el cambio.

— Sin embargo, el doctor Jessops quiere haceros cambiar de aire. Hace una semana que recorro los campos en busca de una casa... y por cierto que creo haber hallado una conveniente.

— ¿Dónde está?

— En la cuesta de Euderly-Hill. La llaman la casa de las Rosas porque tiene un bosque de rosales.

— ¿Y adónde cae Euderly?

— ¿No habeis oído hablar de la meseta de Euderly, la mas alta de toda Inglaterra? ¡Qué país tan hermoso! ¡Qué aire! Aun me parece que le estoy respirando.

Las palabras de John me hacían respirar á mí también ese aire embalsamado, aunque aquel día ni la mas ligera brisa refrescaba la pesada atmósfera del valle en cuyo fondo está situado Norton-Bury.

— ¿No os gustaria vivir en la pendiente de una colina dominando todo el contorno? Pues eso es Euderly; la aldea está situada debajo de la meseta.

— ¿Hay una aldea?

— Una docena de casas, y á cada puerta hermosas cabezas rubias con grandes ojos abiertos que me miran con asombro. ¡Qué soledad tan encantadora! No se oyen riñas en las sucias callejuelas... no hay tenerías... quiero decir, es campo enteramente, y yo prefiero el campo á las poblaciones.

— ¡Ah! ¿preferirías de veras esa vida de pastor que el poeta que llevó mi nombre ha cantado con tanta elocuencia? Vamos á ver lo que dice.

Y entre algunos tomos que ordinariamente estaban esparcidos al alcance de mi mano, tomé uno que John se había procurado hacia poco, la *Isla de púrpura* por Ph. Fletcher. Este tierno y melodioso poeta es muy poco leído en nuestros días, y por eso pondré aquí el pasaje de la bucólica que hice leer á John.

«Feliz, tres veces feliz el pastor en su humilde cabaña, cuya puerta está cerrada á la fortuna y abierta al dulce sueño; feliz, tres veces feliz el pastor cuyas alegres canciones ningún cuidado interrumpe.

» No conoce el orgullo que se oculta bajo los tejidos de seda; la lana de sus corderos basta para cubrir sus necesidades.

» Las hayas de la llanura de tierno follaje le prestan su fresco abrigo durante el calor del día. Su vida no está agitada sobre el borrascoso mar del mundo, ni está perdida en la indolencia. Cuando puede agrandar á su Dios vive feliz y contento.

» Sobre su lecho de lana duerme apaciblemente, en tanto que su fiel esposa descansa á su lado. Su niño, la imágen viva de su padre, se desliza suavemente en su seno. No conoce cuidados ni tormentos bajo su humilde hogar. Con menos se contentaría si Dios le hubiera dado menos, y cuando muere le depositan en una humilde tumba cubierta de yerba.»

John se detuvo. Ordinariamente leía muy bien, pero yo nunca le había oído leer como entonces. Una vez concluida la lectura, sentía que se hubiese acabado como se siente que se interrumpe una música ó la voz interior que nos habla en la soledad.

— John, le dije al cabo de una pausa, ¿en qué piensas?

— Se estremeció y se puso encarnado como la grana.

— ¡Oh! En nada... no, no, pienso en algo. Me decía que en punto á felicidad, la de ese pastor es para mí el ideal de una vida dichosa, sin exceptuar «la humilde tumba cubierta de yerba.»

— Tu imaginación te lleva en seguida al verde sepulcro; pero el pastor ha disfrutado de algunos años de felicidad terrestre antes de llegar á la tumba.

— También lo pensaba.

— Entonces pensarás en tener un día una esposa fiel y un niño.

— Si Dios quiere.

Esto puede parecer extraño; pero era la primera vez que tocábamos este punto. Aunque John tenía veinte años y yo veinte y dos, podíamos hablar de amor con la inocencia de los pastores del siglo de oro.

El grave «si Dios quiere» de John fué seguido de un largo silencio, que al cabo interrumpí yo diciendo:

— ¿Tienes intención de casarte?

— Ciertamente, en cuanto pueda.

— ¿Y has visto jamás una mujer que te haya agra-

dado para esposa? le pregunté mirándole fijamente, pues la idea de cierta posibilidad había atravesado por mi espíritu.

— No.

Esta respuesta me bastó, y de un comun acuerdo nos entregamos á una meditacion silenciosa. John decía á menudo que uno de los encantos de la amistad es el poder pasearse ó permanecer sentados juntos durante una hora sin tener que pronunciar una palabra. Luego continuamos nuestra conversacion sobre Euderly.

Yo descubrí en breve que solo faltaba mi consentimiento para realizar el plan que habían concebido.

— Mi padre y John lo habían arreglado todo. El último debía acompañarme. Nada del mundo habría podido obligar á mi padre á dejar un solo día ni su tenería ni su casa.

Debíamos instalarnos en casa de Mrs. Tod; John iría á caballo tres veces por semana á Norton-Bury para llevar noticias mías y llenar sus funciones en la tenería. Era fácil descubrir que John Halifax era el brazo derecho de Abel Fletcher.

Partimos pues en un hermoso día del mes de agosto.

Nuestra silla de posta marchaba lentamente á lo largo del montuoso camino que conducía á Euderly situado á unas ocho millas de Norton-Bury. Reclinado en el fondo del carruaje, gozaba yo del aire fresco de la montaña y de la vista de los suaves panoramas que se ofrecían á mis ojos; además estaba muy contento al notar el aire satisfecho de John.

El entusiasmo de mi amistad no llegaba hasta el punto de parecerme que fuese John lo que se llama un tipo de hermosura; pero tenía sí lo que agrada con mas seguridad en un semblante de hombre y de mujer, una expresion declarada y franca. La distincion en la sencillez caracterizaba toda su persona. Su traje á la vez modesto y aseado se hallaba en armonía con su fisonomía y sus modales.

No olvidando jamás que era el dependiente de un cuáquero, tenía el gris por su color favorito, lo que no le impedía llevar prendas cuyo corte acusaba la elegancia de su talle, y no se privaba de chaleco blanco, ni de chorreras, ni de medias de seda, ni de hebillas de metal en sus zapatos.

John notó la atencion con que yo le observaba, porque me pareció que aquel día había una especie de coquetería en su sencillez.

— ¿Me falta alguna cosa en el traje, Phineas? me preguntó. No estoy acostumbrado á pasar días sin trabajar, y mucho menos á los vestidos de gala.

— Al contrario, le respondí; pensaba en felicitarte.

— En hora buena; pero debo deciros que solo por honraros he dejado mis ropas de curtidor para hacer el papel de un gentleman en Euderly.

— No hables así; no haces el papel de gentleman; lo eres.

Se echó á reír; pero creo que mi respuesta no le desagradó.

Habíamos llegado á una cuesta muy rápida.

John echó pié á tierra y llegó á la cumbre de la colina mucho antes que la silla de posta.

Allí se detuvo, y yo le contemplé admirando aun la fuerza y la gracia de sus movimientos, su hermosa figura, el ademan de su brazo armado con un látigo, y los bucles de sus rubios cabellos que flotaban al soplo de la brisa.

— ¡Qué padre, me decía yo, no se consideraría feliz con un hijo semejante! ¡qué hermana no tendría orgullo de tal hermano! ¡qué jóven no le tendría con tal marido!...

De estos tres lazos solo el último era posible para John, y yo me preguntaba cuándo y cómo le contraería.

Llegamos en breve á una posada situada en los límites de la meseta, la posada del Oso, que habían llamado así por su antiguo rótulo, en el cual se columpiaba hacia dos siglos un oso armado con un garrote.

— ¿Estamos en Euderly? le pregunté.

— Aun no, pero falta poco. ¿Nunca habeis visto el mar? Pues bien, desde aquí puedo enseñaros una cosa que se parece mucho. ¿Veis allá lejos aquel punto brillante? Es la embocadura de nuestro Saverne, ancha como un brazo de mar. Pronto estaremos en Euderly... allí teneis la iglesia; estamos al nivel de su campanario...

— ¿Estás muy contento, John?

— Mucho; no sé porqué tengo como un presentimiento que me espera una gran felicidad en Euderly.

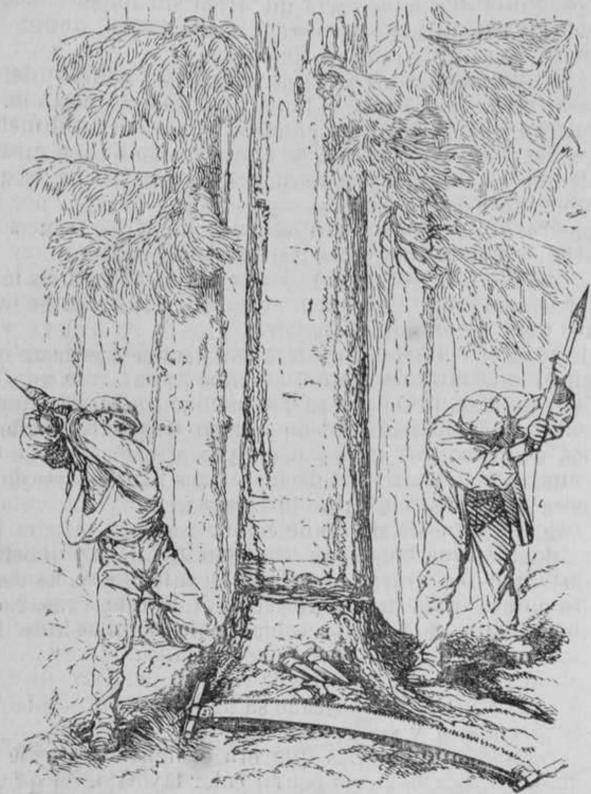
Al pronunciar estas últimas palabras, John tomó un aire mas grave, un aire mas en relacion con esta palabra de «felicidad.» Palabra extraña para mí y casi desconocida en mi vocabulario; pero cuando John la pronunciaba, me parecía comprenderla y ser dichoso yo también.

(Se continuará.)

Los leñadores y los acarreadores de los Vosges.

Las montañas son en nuestra vieja Europa el último refugio de la naturaleza y de las costumbres originales. Menos en las montañas, en todas partes la civilización ha extendido su monotonía. No se puede llamar naturaleza á esos campos donde nada crece sin el permiso del hombre, donde la tierra está removida sin cesar y en todos sentidos, donde todo presenta las hue-

llas de un trabajo perseverante, y donde las paredes, los fosos y los cercados hacen constar los derechos de los propietarios. Los campos tales como se ofrecen a nuestra vista por lo comun, forman una especie de fábrica al aire libre; la vegetacion está subordinada á la vigilancia de la industria, como otros agentes físicos



LEÑADORES DERRIBANDO UN ARBOL.

en las manufacturas. La tierra apenas produce una verdura escasa; los árboles siempre amenazados por el hacha se elevan tímidamente á algunos piés de la tierra y componen zarzales que toman el título de bosques; hasta los animales no subsisten sino con licencia del



LA ESCAMONDA.

Una vez cerrado el trato, los socios principian por levantarse una cabaña, pues deben pasar muchos meses lejos de su familia y necesitan un abrigo. Esta morada transitoria es lo mas agreste y primitivo que se puede ver. Todos sus materiales consisten en troncos de árboles y cortezas. He visto cabañas de leñadores apoyadas en una cuesta; unas varas de abeto reunidas formaban las paredes laterales que iban estrechándose hácia la montaña. Ramas un poco gruesas y sostenidas por unas vigas cubrian el humilde retiro y dilujaban un ángulo; las cortezas hacian el oficio de tejas. Delante estaba el hogar cuyos vapores y azulado humo se escapaban por una abertura irregular. Una tabla contenia las cenizas y otra servia de marco á la cama; el intervalo que quedaba entre ambas era el unico paso.

Hemos pronunciado la palabra cama, pero no se vayan á imaginar nuestros lectores que se trata de un blando lecho como los que se usan en las ciudades; los montañeses no conocen semejante lujo. Unas ramillas de abeto son sus únicos colchones, y en cuanto á las almohadas, las juzgan superfluas. Como nunca se desnudan no necesitan ni mantas ni sábanas; duermen con sus vestidos como duermen con sus pieles los animales.

Nada mas sobrio que el régimen de los obreros forestales. Llevan para toda una semana un



LEÑADORES CORTANDO, MONDANDO Y DISPONIENDO LOS TRONCOS PARA EL ACARREO.

hombre, y si el pájaro no la obtiene, se ve en la precision de huir á buscar á otra parte una patria.

Los Vosges no tienen abismos, ni esas cuevas peligrosas, ni esas cumbres temerarias á las que se sube exponiendo la vida; ni ventisqueros, ni torrentes notables, ni esos lagos inmensos que agita la borrasca y los hace mugir como mugen las olas del mar, y sin embargo, ofrecen aquí y allá una imagen de la naturaleza en su gracia virginal, en su independencia primitiva. Sus partes mas elevadas oponen al cultivo obstáculos casi insuperables. Admiranse allí cuadros de una hermosura prodigiosa; descúbranse allí costumbres, industrias, hábitos singulares y dignos de ser estudiados.

Tales son las de los obreros forestales que vamos á describir en este artículo.

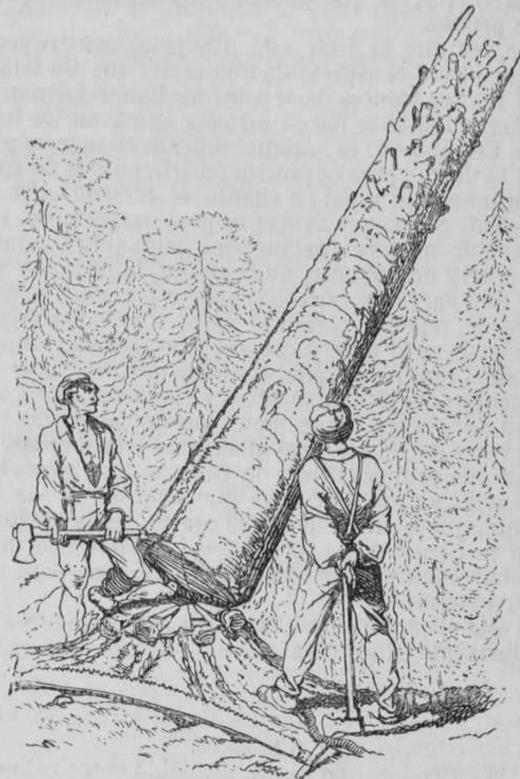
En cuanto los guardas han medido el espacio de monte que se ha de cortar, y una vez que han marcado cuidadosamente cada uno de los troncos de árboles destinados á perecer, sacan el trabajo á pública subasta. Se presentan en competencia compañías de obreros, y la mas modesta, esto es, la mas resignada obtiene la preferencia.

Los unos se encargan de echar abajo los árboles, y los otros de llevarlos á los valles inferiores. Los primeros pertenecen al gremio de los leñadores, y los segundos se llaman *schlittours*. En alemán *schlitte* significa *trineo*; ahora bien, acarrear la leña de los puntos elevados en trineos, pues la pendiente no permite el uso de los carros, y llaman *schlittours* á los hombres que se ocupan de esta faena. — En Francia se ha trasportado á la lengua esta palabra germánica, que nosotros traducimos *acarreadores*.



ACARREO DE LOS HACES DE LEÑA.

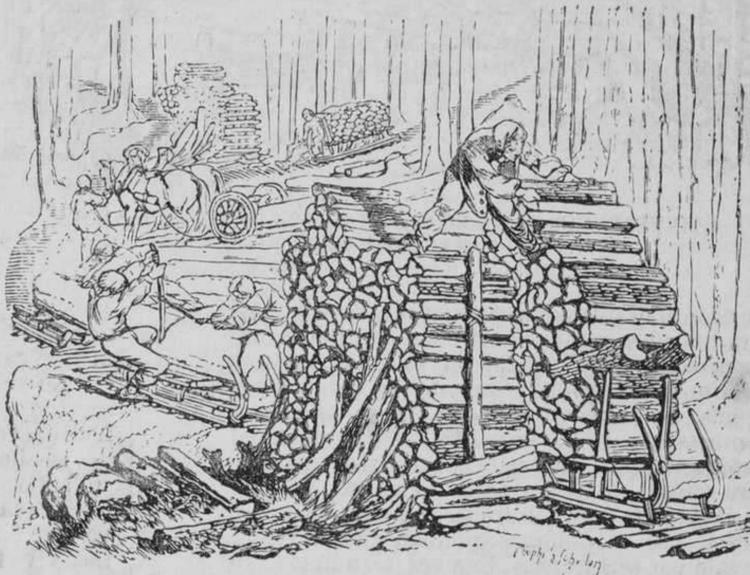
saco de patatas, un poco de tocino ó de manteca y pan de municion; regularmente el agua es su única bebida. A veces una especie de cantinera que recorre las montañas les lleva un vaso de kirsch, ó si escasea este licor un simple vaso de schnapps. Un buen hombre que sigue á un borrico de patas firmes, renueva la provision



LA CAIDA DEL ARBOL.

de pan. Hacen para comer una sopa grosera, en que apenas se encuentran la manteca y el tocino; las patatas las comen cocidas con un poco de sal.

Tal es el alimento constante de esos laboriosos jornaleros. La temperatura cambia, los meses se suceden,



CARGAMENTO DE LOS TRINEOS.

los años van cayendo uno tras otro en la eternidad como los torrentes en los abismos; y la mesa del leñador ofrece siempre el mismo aspecto. Y empleo esta palabra mesa por costumbre, pues el leñador no tiene otra que sus rodillas. Si la patata no existiera, no sé lo que harian para alimentarse. Los demás montañeses tienen el recurso de la leche al estado natural y bajo todas las formas que puede tomar; los leñadores están privados de ella, pues no hay vacas en los montes, y sus recursos no les permiten comprar queso.

Cuando los acarreadores se han instalado en la selva con los leñadores, cuando han llevado á la cabaña sus tristes provisiones, se creeria que pueden principiar su obra especial, pero no es así; á ella precede siempre una tarea enorme. Se trata de crear el camino por donde han de acarrear la leña, y su trazado es la primera cosa que les ocupa. Estudian la montaña y el declive de los terrenos con mucha atencion, pues lo que buscan es una inclinacion suave que les dispense de tirar, que no acelere demasiado el movimiento de su carga. Para obtener este declive propicio ¡cuántas líneas tienen que describir! ¡Cómo se desliza su línea peligrosa en torno de las colinas, pasando de una á otra, volviendo sobre sí misma, bajando por una porcion de rodeos hácia las tierras inferiores! Esta via pasa á lo largo de los valles silvestres, domina las cascadas, evita su niebla, penetra en la oscuridad de los bosques, se lanza mas arriba de los torrentes, y atraviesa los prados mas hermosos que hay en el mundo.

Los caminos destinados á los trineos se llaman en las montañas caminos de *rafton*. Ignoro de dónde viene este término. En inglés *raft* significa balsa, un tren de leña; *rafter* una viga. ¿Habrá ido á buscar los jorna-

leros de Alsacia una expresion técnica mas allá de las olas, ó se la habrá llevado algun highlander errante? Es una cuestion que no me encargo yo de resolver, pues no tengo una afición pronunciada á la ciencia etimológica. En ciertos bosques hacen trazar los caminos por los ingenieros, lo que ahorra á los montañeses un estudio penoso.

Una vez que la línea está dibujada, construyen la vía que ofrece el aspecto de una escala sin fin tendida en la tierra; troncos de árboles medianos forman las subidas; en ellas se hacen cortes y se clavan los travesaños. Este aparato es bastante sencillo cuando se planta en la tierra; pero es preciso crearle puntos de apoyo y mantenerle al nivel en cuanto el terreno sufre una depresion. Si la concavidad es poco importante, unos pedazos de madera bastan para contener el camino; pero si hay un torrente, un barranco, la última revuelta de una garganta estrecha que es preciso atravesar, y que de repente cortan el paso, son indispensables trabajos de arte mas ó menos complicados. Entonces apoyan el camino en pilares de madera, en vigas perpendiculares y forman puentes y viaductos, que á veces tienen dos cuerpos. Los montones de leños, las vigas unas veces derechas, otras inclinadas y arqueadas, sostienen una primera hilera de troncos de árboles. Estos sostienen á su vez los cabrios que soportan la vía transparente, que es una especie de ancha escala horizontal como ya hemos dicho. Los dueños de las selvas que se explotan suministran todos los materiales para estas construcciones.

Ya está el camino establecido. Es una gran tarea preparatoria que exige otra en seguida. Los acarreadores



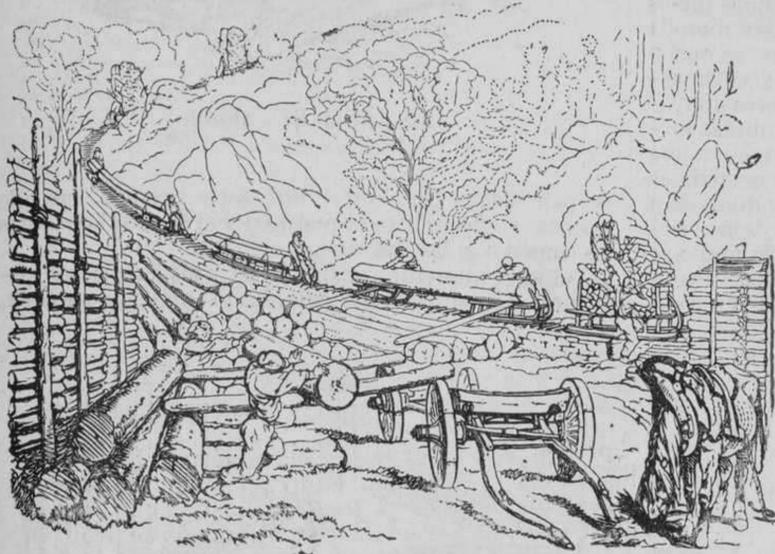
LA SEÑAL DE UNA DESGRACIA.

mosos árboles tendidos en la tierra. Antiguamente cortaban los abetos y las hayas sin mondarlos; pero sus fuertes ramajes aumentaban los daños que causan naturalmente. Su tronco comete ya bastantes destrozos; deja pelado todo un lado de los árboles junto á los cuales pasa; estos vecinos mutilados parecen enanos. En el día no se corta un árbol sin haberle despojado de sus ramas. La verde diadema que corona su frente es el único ornato que les dejan.

No solamente los obreros hacen caer como quieren estos reyes del desierto, sino que estando cerca de la raíz no corren ningun peligro; el menor movimiento les desviaría de la masa. Se ha renunciado hace mucho tiempo al uso de las cuerdas. El único accidente que amenaza á los leñadores es el de ser heridos por las piedras, por los fragmentos de roca que los troncos de árboles hacen rodar y saltar por las pendientes.

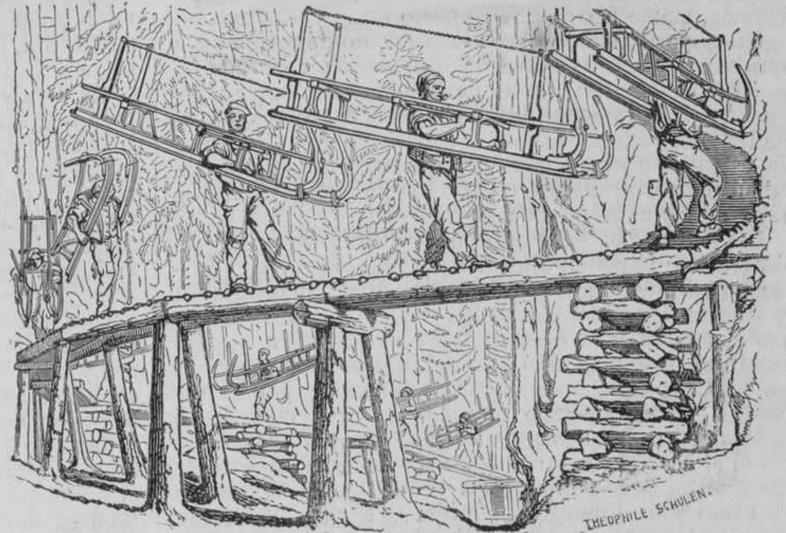
Cuando han echado abajo los árboles, los leñadores los despedazan. Les cortan los brazos cuya leña es buena para quemar; despojan la copa de su corteza y la dividen en pedazos mas ó menos grandes, pedazos que en el lenguaje técnico del oficio se llaman troncos. Con las ramas menores preparan los haces. Su obra queda entonces terminada, y comienza la de sus compañeros los acarreadores, tarea penosa en alto grado, que les causa una tristeza ordinaria, y hace salir quejas de su boca así que se les dirige la palabra.

En efecto, esos montañeses que respiran un aire tan saludable, que beben un agua tan exquisita y deberían disfrutar de la mejor salud, están pálidos y flacos como los obreros mas extenuados de las manufacturas. No se ve en ellos el hermoso color de los campesinos. Los



ACARREADORES DESCARGANDO LA LEÑA Y PREPARANDOLA PARA ASERRARLA.

do, pues no cortan todos los árboles, son generalmente muy espesas. Los altos lugares que ocupan, las dificultades de la explotacion, el crecido valor de los troncos voluminosos, impide que las destruyan del todo como sucede en los montes secundarios. Admiranse allí verdaderos gigantes. Y sin embargo, es preciso que caigan: los leñadores se cuidan poco de su atractivo pintoresco, y los propietarios piensan únicamente en su valor comercial. El sacrificio tiene lugar con las hachas cuando el tronco está colocado junto á piedras que se oponen al empleo de la



REGRESO DE LOS ACARREADORES A LO ALTO DEL MONTE.

fabrican ellos mismos sus trineos. Eligen la madera cuidadosamente, pues tienen que llevar cargas pesadas, y si se rompieran el conductor correría un gran peligro. Sin embargo, deben ser ligeros, en atencion á que el obrero los sube á hombros cuando ha llegado á la extremidad del camino. Emplea pues para construirlos una madera sólida, el fresno ordinariamente, y corta en el arce las varas cintradas entre las cuales se coloca. Los montañeses calculan que un trineo les sale por seis francos. Una vez terminado, ya ningun obstáculo le detiene.

Los leñadores han dado principio á su tarea. Sin respeto por la vejez han atacado los abetos, las hayas seculares. Las selvas que van aclaran-



INTERIOR DE UNA CABAÑA.

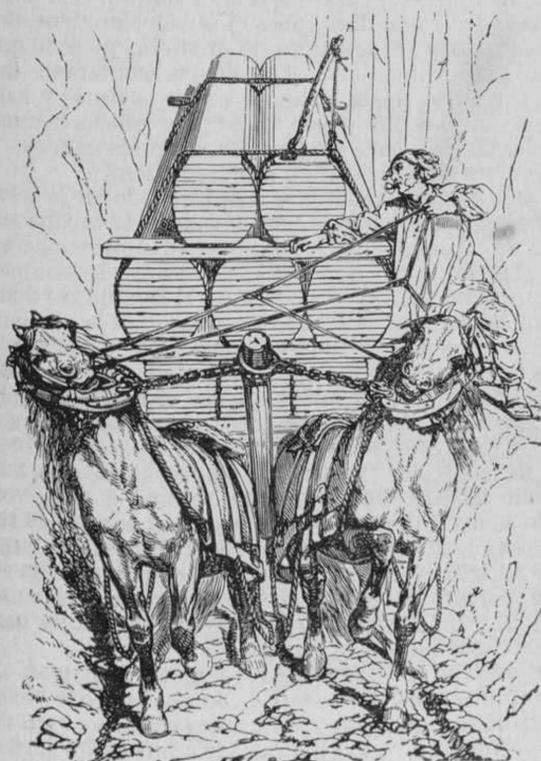
inauditos esfuerzos que exigen sus trabajos cambian su constitucion física, y anula para ellos las buenas influencias de la naturaleza.

Como sus caminos tienen á veces una y dos leguas de largo, á fin de no multiplicar los viajes, cargan en demasía sus trineos. Ordinariamente ponen en ellos dos cuerdas de leña, y nunca van con menos de cuerda y media, lo cual hace un peso considerable, pues es la provision que gasta para calentarse una familia durante todo un invierno. Untan de grasa la parte inferior del trineo; que sin embargo, produce á menudo un rechinar terrible que se oye á media legua.

Si el terreno no está bien inclinado, es preciso

sierra. Yo he visto cortar un abeto magnífico que justamente se hallaba colocado en una situacion análoga. Tendria 140 piés de alto. Dos leñadores le atacaron á la vez por dos lados distintos. El coloso durante un largo rato pareció que desdeñaba sus golpes; ni siquiera se movia sus hojas. Sin embargo, las herramientas avanzaban una hácia otra estrechando la base que sostenia al viejo héroe. Ya la madera apenas conservaba dos pulgadas de ancho, y no obstante el árbol continuaba inmóvil. Pero cuando se redujo á una pulgada osciló de repente, y luego despues de haberse columpiado un momento, cayó al abismo con la cabeza hácia delante. Todas las ramas que encontraba caian con él; su caída resonó en la montaña como un trueno. Fragmentos de roca saltaron por la cuesta, y un sordo gemido se fué prolongando de eco en eco.

Los leñadores, estimulados por una propina, dieron el asalto á otro veterano cuyo tronco estaba libre. Principiaron á pegar sobre el nacimiento de las raíces á fin de dejar á descubierto toda la parte cilíndrica del árbol, y luego á esta primera herida aplicaron la sierra. El instrumento á que dan este nombre se compone simplemente de una hoja con dos mangos. A medida que penetra y desgarrá á su inocente victima, un muchacho introduce varias cuñas en la abertura á martillazos. Cuando la sierra ha partido un crecido número de fibras, el tronco levantado por las cuñas se inclina al otro lado. El segundo patriarca atacado en mi presencia fué precipitado con la cabeza hácia las alturas. Un ruido merca terrible se oyó en esta catástrofe, y el gigante pareció que moria con un gemido. No pude ver sin sentimiento aquellos her-



TRASPORTE DE TABLONES.



TRASPORTE DE MADERAS DE CONSTRUCCION.

que el acarreador reuna todas sus fuerzas y arrastre en pos de sí la pesada carga. Cuando tiene el declive necesario, entonces contiene y dirige el trineo apoyando sus pies en los escalones de la vía. El trineo tiene una tendencia natural á precipitar la velocidad de su carrera, y así se establece una especie de lucha entre él y el conductor que se empeña en moderarla. Si una rodilla del montañés flaquea, si uno de sus zapatos resbala en un travesaño, el pobre hombre corre los mayores peligros. Una pierna ó un brazo roto es lo menos que puede sucederle. El trineo le hace sin embargo llagas horribles; el miembro se desprende enteramente del cuerpo del que cuelga únicamente por pedazos de músculos ó de piel. La pesada masa produce al pasar el efecto de una sierra. A veces, es verdad, se contenta con herir carnes sin romper el hueso; pero no por eso deja de ser la herida menos horrible. El ancho surco abierto por la máquina no se puede curar; una amputación inmediata sería necesaria; pero desgraciadamente no hay cirujanos en los montes, sería necesario ir á buscarlos á ocho ó diez leguas de distancia, y habría que pagarlos en razón á la incomodidad que se les causara. Ahora bien, el acarreador no tiene dinero; su salario apenas le suministra lo bastante para vivir con su familia. Sin esperanzas de socorro, el acarreador comprende que su muerte es inevitable; y con la valerosa tristeza del hombre acostumbrado á sufrir, se resigna al sombrío desenlace que viene á poner fin á una vida de dolor y de miseria. La fiebre se apodera de él; el delirio extravía su inteligencia; sus sueños dignos del infierno, son sueños inspirados por el mal que le causa torturas inauditas. La gangrena envenena su llaga y muere. Antes de que haya exhalado el último suspiro, otro infeliz amenazado de los mismos tormentos, del mismo fin trágico, acude á ocupar su puesto en la vía peligrosa.

La mayor parte de las catástrofes no dan tiempo á que se acuda en socorro de los acarreadores; cuando no pueden moderar la carrera del trineo, este les pasa por encima aplastando su pecho ó su cabeza. Si á veces se enderezan haciendo esfuerzos sobrehumanos y su vigor no es suficiente para contener á la masa impetuosa, reciben un sacudimiento espantoso que les revienta, y mueren como heridos del rayo.

Las sinuosidades del camino ocasionan otra clase de desgracias; exponen á los trineos á desviarse. Si el conductor no puede hacer que sigan la curva, le precipitan y ruedan con él en el abismo. Puesto en movimiento por el choque, los fragmentos de roca que están al paso saltan al mismo tiempo aumentando el desorden y el ruido. Cuando esta avalancha se detiene, el pobre conductor está desconocido. A veces un árbol corpulento se eleva en un recodo del camino; lanzado á toda velocidad el acarreador, que ve estos árboles como señales de muerte, pega contra ellos y queda aplastado entre su carga y los impassibles pilares; su sangre enrojece la dura corteza, cae en rocío siniestro sobre el musgo, sobre la alfombra de flores que cubre la tierra.

Cerca del sitio donde ha ocurrido esta desgracia, plantan una cruz negra que la recuerda. La mujer y los hijos de la víctima la consagran con sus lágrimas; luego los insectos la roen, la humedad la deteriora, el liquen la envuelve; en fin, se destruye poco á poco, lo mismo que la memoria de la víctima. Otros infortunios hacen en breve olvidar esta; sus dolores y sus esperanzas, sus cualidades y sus defectos, sus proyectos y sus temores no dejan señal ni en la naturaleza ni en el corazón de los hombres.

Los viaductos son también lugares llenos de peligros. Los acarreadores no caerían en ellos impunemente, sobre todo cuando son un poco elevados. Un compañero les ayuda en esos pasos difíciles, y por medio de una cuerda impide que el trineo deje la vía. Cuando no se han empleado en la construcción del puente vigas bastante sólidas, tiembla y rechina bajo el vehículo de un modo que hace estremecer.

Si es tan penoso el transporte de leña de chimenea, el de troncos no exige menos esfuerzos ni produce menos desgracias. Tres montones cargados sobre un trineo forman un peso enorme. Pero la operación más ardua es el acarreo de las piezas grandes que tienen treinta y cuarenta pies de largo; se necesitan dos trineos para moverlas. A la primera que colocan delante la llaman el *macho cabrio*; la segunda que va detrás se llama la *cabra*. Un hombre gobierna cada una de ellas. Sin embargo, un peso de cuatro ó cinco mil libras no está en proporción con las fuerzas humanas. En cuanto el camino da una vuelta, en cuanto el tren se desvía un poco, una espantosa contracción de músculos puede únicamente evitar nuevas desgracias. Así los acarreadores se quedan rendidos cuando dejan el trabajo. Como me decía uno de ellos, se mueren de fatiga para no morir de hambre.

Cuando hay en la montaña una cantera ventajosa, los conductores de trineos aprovechan su camino, y bajan las piedras así que han concluido de acarrear madera. Este nuevo trabajo no es más descansado que el anterior; pero la necesidad les obliga á pasar por todo.

No todas las temperaturas son buenas para las peligrosas expediciones de estos jornaleros. Necesitan un cielo velado, muchas nubes y nada de lluvia. La elevación del termómetro dispone á los trineos á incendiarse por el roce; las suelas se carbonizan y rechinan. Los escalones mojados precipitan por el contrario la marcha del vehículo y ponen en peligro al conductor. Después de un chaparrón ó de una lluvia continua, los acarreadores suspenden sus faenas. Cuando la lluvia les sorprende durante la marcha, ¡ay de ellos si su pié se resbala! Su único recurso en este caso, como en tantos

otros, consiste en abandonar las varas saliéndose del trineo por medio de un movimiento veloz. El trineo continúa su viaje solo, y un poco antes ó un poco después tropieza, rueda sobre una cuesta con su carga, y se hace pedazos contra un árbol ó una roca. No es una pérdida importante.

Los troncos, los leños, los haces, las raíces y las cortezas han bajado al fin. Ahora es preciso destruir el camino de rafton que quizá sería inútil durante ocho ó diez años. Le atacan por la cabeza y conducen los materiales al valle á medida que los van quitando. Terminada esta obra, el acarreador se vuelve al seno de su familia á descansar algunos días de su tarea hercúlea.

Pero ¿encuentra en el umbral de su domicilio la alegría y la abundancia? No por cierto; sus beneficios han sido gastados día por día. Dos francos de salario cotidiano hacen imposible todo ahorro.

Con la industria de los leñadores y de los conductores de trineos se relacionan varias industrias que se ejercen en la montaña. Los *maruageurs* quitan las cortezas de los árboles y los disponen para aserrarlos. Los establecimientos donde se hace esta última operación ocupan en general puntos muy pintorescos, y presentan á la verdad cierto atractivo con sus aguas que corren por las canales, con sus ruedas y sus techumbres que echan humo en medio de la verdura. Casi siempre se hallan cerca de un torrente, lejos de toda población grande ó pequeña. El mecanismo es muy sencillo: por un doble movimiento hace trabajar la sierra y salir al encuentro el carro donde echan las vigas. Trabaja siempre de día y de noche; dos hombres se relevan para suministrarle su presa. Su ruido monótono se mezcla con el de la onda que cubre de espuma la roca, con las sinfonías de los bosques, con las lamentaciones del gavián y del milano. En cuanto las montañas se cubren de sombra, la lámpara del establecimiento proyecta sus rayos á través de las ramas como un faro conductor, como una estrella propicia encendida en el desierto para el extraviado viajero.

El otoño es la mejor estación para el acarreo de leñas, pues reúne las condiciones de temperatura que exige tan dura tarea. Los primeros copos de nieve detienen á los trineos; y entonces los conductores se vuelven á sus casas, pues el invierno es terrible en los montes. Para ganar su subsistencia tienen que apelar á varios trabajos secundarios; tejen cintas de hilo, confeccionan zuecos, cucharas de madera, juguetes de niño, etc. Sin embargo, la nieve se acumula fuera; cubre los caminos y sitia las casas. El viento muge en los bosques y en los valles, á veces desgajando los árboles más corpulentos. Encerrados bajo los hielos, los torrentes están mudos. La selva entera parece verter lágrimas. Es un espectáculo de una tristeza y de una majestad infinitas, el emblema de una desesperación sin límites, que nos aconseja dejar cuanto antes la montaña; abandonemos pues al acarreador al lado de su estufa y volvamos á las casas de nuestras ciudades, menos maltratadas por la inclemencia del cielo.

A. M.

El Mambrum.

Tal es el nombre de una canción tan popular que es de todos conocida, y canción que se puede decir que aprendemos en la infancia, pues sirve por lo común para hacernos dormir en la cuna.

No ha muchos días, una persona muy erudita me preguntó si sabía yo el origen de esta canción y los personajes de que se hablaba en ella.

Desde luego le dí la siguiente respuesta, que no dudo será leída con algún interés, por tratarse de un escrito tan conocido. La canción llamada *del Mambrum* tal como hoy se recuerda, es así:

Mambrum se fué á la guerra,
No sé cuándo vendrá,
Si vendrá por la Pascua
O por la Trinidad.
La Trinidad se pasa,
Mambrum no viene ya;
Madama que lo espera
Desesperada está.
Un día á cierta torre
Subióse á registrar,
Y al cabo de un buen rato
Su paje vió llegar.
— Mi paje, mi buen paje,
¿Qué noticias me das?
— La noticia que os traigo
El llanto os va á costar.
Mambrum, señora, es muerto,
Yo lo he visto enterrar,
Entre cuatro oficiales
Con pompa y majestad:
Uno llevaba el sable
Y el otro el estandart,
Y encima de su tumba
Romero vi plantar,
Y en la más alta rama
El ruiseñor cantar.

Esto es lo que recuerdo, á más de otros versos que no he podido retener en la memoria.

Pero tal como hoy se canta difiere de la canción original que en medio pliego de papel y en forma apaisada se imprimió con licencia en Sevilla, en la oficina de don Antonio Carrera en la calle de Génova.

No se titula la canción *Mambrum*, sino *Malbruc*, y es de este modo:

Malbruc se fué á la guerra,
No sé cuándo vendrá,
Si vendrá por la Pascua
O por la Trinidad.

La Trinidad se pasa,
Malbruc no viene acá;
Si muriese en la guerra
Muchos lo sentirán.

La dama que le espera
Muy impaciente está:
A la torre se sube
Por si le ve llegar.

Desde allí ve á su paje
Venir de luto ya,
Y ella toda asustada
Comienza á vocear.

— ¡Ay, paje, mi buen paje!

¿Qué novedad traerás?
— La novedad que os traigo
Os ha de hacer llorar.

Las galas y las joyas
Bien las podeis guardar;
Porque Malbruc ha muerto
Y ya enterrado está.

Hasta la sepultura
Con pompa y majestad
Entre cuatro oficiales
Le he visto yo llevar.

Con broquel y armadura
Los dos delante van,
El otro lleva el sable
Y el cuarto va detrás.

Al rededor del cuerpo
De luces va un millar,
Y encima de la tumba
Puesto el romero va.

Un ruiseñor en lo alto
Trinos al aire da,
Diciendo en su armonía
Que ya descansa en paz.

Hechas las ceremonias
Se fueron á cenar,
Comieron y bebieron
Y algunos por demás.

Quedó pues enterrado
Nuestro buen oficial.
— Baste lo que va dicho,
Y acábase el cantar.

ESTRIBILLO.

Mirondon ton ton mirondera.

La impresión de este romance cantable tiene una gran viñeta, toscamente hecha. En ella se ve la torre con la dama que espera á Malbruc, al paje que trae la noticia, á Malbruc que llevan á enterrar, á los cuatro oficiales, al romero, al ruiseñor con un lema que dice: *ya descansa en paz* y la sepultura.

Ahora bien; ¿quién era este personaje que tal popularidad ha alcanzado?

Para mí es evidente que en la canción se ha querido hablar del célebre Juan Churchill, duque de Marlborough, uno de los más grandes generales que ha producido la Inglaterra. Nació en Ash el año de 1650 (en el Devonshire). Comenzó su carrera militar sirviendo en un cuerpo de ejército inglés, enviado por Carlos II á Luis XIV, para operar en Flandes, bajo las órdenes de Condé y de Turenne. Llamábasele en el ejército el *bello inglés*. Turenne lo apreciaba mucho y conocía que el bello inglés llegaría á ser un grande hombre.

En la guerra de sucesión con España el año de 1702 fué nombrado por la reina Ana generalísimo de las tropas de Inglaterra y Holanda, obligó á los franceses á evacuar la Gueldre española, y á su vuelta á Inglaterra fué creado duque de Marlborough. Batió en 1704 al elector de Baviera, al cual quemó más de 300 poblaciones, y después con el príncipe Eugenio de Saboya obtuvo la victoria de Hochstedt.

La Inglaterra erigió á la gloria del general un palacio inmenso que tomó el nombre de Blenheim, porque la batalla de Hochstedt fué conocida por este nombre en Alemania y en Inglaterra. La dignidad de príncipe del imperio que el emperador le otorgó, fué una nueva recompensa por la victoria.

Marlborough, habiendo desaprobado la paz concluida con Francia, perdió todos sus empleos y cayó en desgracia, retirándose á Anvers. Culpábanle de haber conspirado contra la reina Ana, después de ser quien más lo había favorecido.

Al advenimiento del rey Jorge á la corona en 1714, fué Marlborough llamado á la corte y restablecido en todos sus cargos. Algunos años antes de su muerte se apartó de los negocios públicos, y se retiró á Windsor-lodg donde murió en 1722 á la edad de 73 años. Parecía en su retiro haber vuelto á la infancia, pues se le veía jugar al tejo con sus pajecillos.

Guillermo III lo había definido en estas palabras: «Es un hombre de cabeza fría y corazón caliente,» para dar á entender que tenía más amor al interés que á la gloria.

Coxe ha publicado las *Memorias* de Marlborough en tres volúmenes en 4º el año de 1808.

La dama ó madama, á que se alude en el cantar, debió ser su esposa Sarah Jennings, que nació en 1660, y le sobrevivió hasta el año de 1744. Gozó gran crédito cerca de la persona de la reina Ana; pero su carácter altanero le hizo dimitir todos los cargos honoríficos que gozaba en la corte. Sobre un hecho de su vida compuso el célebre Scribe su comedia *El vaso de agua*. Al morir dejó una fortuna de tres millones de libras esterlinas, por lo cual gozaba el crédito de ser la señora más rica de Europa, fortuna que justificó las acusaciones que se hacían contra la avaricia, la rapacidad y el peculado de su marido.

Los escritores españoles de su tiempo la llaman la viuda de *Malbroug*, así como *Malbroug* á su marido siempre que tienen que citar á su esposo. Por eso la canción se titula *Malbruc*, adulterando más el nombre.

El origen de esta canción parece francés, y una sátira contra Marlborough y su esposa, sin duda cuando ambos se hallaban en el auge de su poder.

Con la introducción de tropas francesas en España debió venir esta canción, que se pondría en moda traduciéndose por alguno.

Así es como un personaje extraño para los españoles, que tal vez jamás pisaría nuestro suelo, que triunfó en Flandes de las armas españolas y francesas, ha venido á hacerse popular en nuestra patria.

La gente del pueblo no canta romance alguno del Cid ó de Gonzalo de Córdoba, y sin embargo sabe de memoria el que habla de Marlborough y de su esposa, personajes que debieron ser tan antipáticos á los españoles á principios del siglo último.

Esta es una de las muchas singularidades que presenta la historia de la humanidad. Se aprendió por nuestros tarabuelos esa canción: sabían lo que cantaban, y hoy se canta por todos sin saber lo que se canta.

ADOLFO DE CASTRO.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las carreras de caballos. — De las caballerizas á la moda. — Reuniones de caza. — Trajes á la órden del día. — La fantasía. — Las modas actuales comparadas. — Traje de noche. — Traje de paseo. — Cambios en las libreas. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de otoño y de invierno.

El veranillo de San Martín ha favorecido las carreras de caballos de la Marche, que han estado muy animadas y brillantes. Toda la elegancia parisiense estaba presente, pues era la despedida de todas las reuniones hípicas del año, y nadie entre los aficionados había querido faltar á la cita. En esto se van siguiendo ya las costumbres de los ingleses. Algunos jóvenes franceses tienen caballerizas maravillosas donde convidan á almorzar á sus amigos. Esto parecerá una broma y no lo es. Las caballerizas de M. Aguado y del vizconde de Talou son bastante lujosas para esto. En suma, todo lo que dice relación con los caballos está muy á la moda. Entre las personas notables que figuraban en la Marche señalaremos á las siguientes:

MM. Makensie hermanos, de Røderer, el conde de Collet, MM. Ricardo de Saint Sauveur, Ningueolat, el baron Simon, M. Jacques de Fitz-James, Errazu, Wilson, Blunt, Caotier, G. Frisson.

El mundo elegante se halla entregado á una ocupación propia de la temporada, la caza. Se caza en todas partes. Últimamente ha habido una gran cacería en el castillo de Luart que dejará memoria. En los bosques se Vibraye se ha perseguido á los ciervos con un ardor increíble y con el mayor éxito.

Entre tanto van saliendo á luz las modas de otoño. Se dice que este año reina la fantasía; pero yo descubro en las modas masculinas una uniformidad que no se desmiente nunca. Lo que llaman nuevo no lo es; con diferencias insignificantes es siempre lo mismo. Se ribetean los vestidos lo mismo que antes, y se han suprimido las bocamangas reemplazándolas con un pespunte á ocho centímetros del borde.

El aspecto de los chalecos corresponde á los trajes adoptados, pues se hacen generalmente de la misma tela y se ribetean. Se llevan bastante largos por abajo y se cierran casi hasta la garganta.

Los pantalones se cortan exactamente lo mismo que los que se han llevado esta primavera; es decir, anchosísimos.

No puedo menos de repetir lo que he dicho ya tantas veces, que las modas actuales son horribles. Ayer justamente hojeaba un album de las modas de otras épocas, y al ver los trajes del tiempo de Luis XIV, me representaba el frac negro, el sombrero de copa alta y el pantalón que hoy llevan todos los hombres de todas las clases. Sé muy bien que ciertos caballeros estarían muy ridículos con calzon de raso, ligas de cinta, casacas bordadas y chorreras; pero tampoco yo exijo que se vista de esa manera el género humano. No por cierto. La elegancia llama la elegancia. Lo principal de la moda del día es el traje nocturno. Hé aquí de qué se compone:

Frac de paño de color, con botones de metal lisos; los chalecos varían según el capricho: se hacen de seda negra, de valencias, de moaré antiguo con florecillas, de tafetan blanco bordado y de piqué rayado.

En cuanto á los trajes de calle no presentan mucha variedad; los sobretodos se llevan de formas diferentes; medio ajustado ó con tres costuras: ajustado enteramente por detrás, y bastante ancho para describir el género saco.

Para paseo la levita cruzada es la prenda de mas distinción. El largo del talle y el ancho de las mangas continúan como antes.

Hay una novedad en las libreas. Antes en las levitas de groom, los sobretodos de cocheros, y las levitas de los ayudantes de cámara, cuyo fondo de paño era marengo ó verde oscuro, se ponían generalmente las tapas de cuello de paño blanco, junquillo, anaranjado ó amaranto, según los colores distintivos del blasón. Hoy en lugar de esto se pone un vivo de color distinto.

Hé aquí para concluir, algunos modelos de la temporada reproducidos en nuestro figurin.

El primer traje es el de un niño que lleva una chaquetilla de terciopelo azul con mangas anchas y sin cuello. Está cortada derecha, no lleva costura en medio de la espalda, pero está un poco cintrada bajo los brazos.

El chaleco y el pantalón son de tela adecuada. Esta armonía de colores está perfectamente entendida.

El chaleco de nuestro niño es un poco largo por abajo, y cierra derecho hasta el cuello.

El pantalón por arriba sobre los delanteros, acusa una gran anchura de piernas; cae derecho por abajo, un poco corto y sin trabillas.

Presentamos también de cara y de espalda un mismo traje de otoño.

Compónese de una levita cruzada de tela de abrigo, de color oscuro, que puede cerrarse con cuatro botones. El cuello de igual paño ó de terciopelo si se quiere, acompaña á las solapas; el talle es un poco largo y se dibuja en torno del cuerpo, de modo que las carteras que están en la costura de los embebidos del sesgo se hallan justas sobre las caderas sin que haya necesidad por esto de dar un gran vuelo á los faldones. — Los pliegues por detrás han de ser aplastados.

Con esta prenda se lleva un chaleco de fantasía, siempre cerrado alto y de un largo mediano por abajo; los pantalones llevan todos el mismo corte, anchos de pierna hasta abajo y sin trabillas.

Damos el traje de un hombre de treinta á cuarenta años vestido de invierno completamente.

Prescindiremos del vestido interior, que lo mismo puede ser un frac que una levita ó un Dorsay, para ocuparnos solo del paletó saco. Diremos simplemente que es ancho por todas partes y que cae derecho por detrás y por delante por medio de un cruzado de seis centímetros no mas. Lleva un ancho galon de seda cosido llano al rededor, así como en la abertura de los bolsillos y en la bocamanga. Por dentro va forrado de seda y acolchado; el cuello es de terciopelo.

Los bolsillos se hacen con una abertura pespunteada.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

La pesca de esponjas en las costas de Siria.

Los usos domésticos, y sobre todo los procedimientos de un crecido número de artes industriales, han aumentado de tal modo el consumo de las esponjas, que el comercio de esta útil producción natural ha tomado un desarrollo y una importancia que exigen el empleo de grandes capitales y el concurso de una porción de agentes. Las operaciones de esta industria, aunque de una extremada sencillez, son poco conocidas. Bajo este concepto hemos pensado que nuestros lectores verían aquí con placer algunos detalles que pueden interesar su curiosidad por la novedad, y por su exactitud ilustrarles como consumidores.

La historia natural de la esponja es muy oscura. Las observaciones contradictorias de los naturalistas no permiten clasificarla de un modo preciso. Unos, en efecto, la consideran como un vegetal, otros como un animal sencillo, y otros la colocan entre los pólipos. Todos concuerdan en general en admitir dos sustancias distintas en la esponja: una interior, córnea, fibrosa, que forma un tejido mas ó menos estrecho por el cual se adhiere á un cuerpo marino; la otra exterior, de una consistencia blanda y gelatinosa que sirve de tegumento á la primera, donde parece estar la sensibilidad y la vida. Pero de todos modos se ignora completamente la velocidad de crecimiento y la duración de la vida de las esponjas. Por conjetura se dice que crecen rápidamente, y que un período de dos años basta para poblar las rocas que han sido despojadas por los pescadores.

La esponja se presenta bajo formas sumamente variables y constantemente anti-simétricas; en este punto tiene mucha analogía con los pólipos pedregosos. El tejido fibroso es la única parte que se haya estudiado con cuidado; pero aun ese estudio ha revelado tantas irregularidades y diferencias tan profundas en cuanto á la textura de las fibras, que ofrecería poca seguridad el buscar en la disposición de la sustancia interior un carácter genérico. El entrecrecimiento de las fibras, la finura y elasticidad del tejido, son solo indicios por los cuales se reconoce el buen uso de las esponjas, sin que ninguna circunstancia particular permita establecer si esas propiedades son naturales ó accidentales.

La esponja es comun de todos los mares; pero no presenta por todas partes en el mismo grado las cualidades preciosas que la recomiendan. Las mejores esponjas son incontestablemente las que saca el comercio del Levante, y entre las producciones de esa procedencia, se deben poner en primer lugar las esponjas de Siria, que son las mas hermosas y buscadas para el tocador. Estas esponjas tienen un grano fino, mucha flexibilidad y son muy porosas, esto es, poseen en alto grado la calidad de la absorción.

Se distinguen en el comercio tres clases de esponjas, según el modo de aglomeración de la masa, su color, su finura y elasticidad del tejido. Las blancas finas y de grano menudo son las mas apreciadas; las finas duras y amarillentas lo son menos, y las gruesas llamadas de Venecia se dejan para el uso mas comun.

Estas calidades generales se encuentran modificadas á menudo por los lugares de donde viene la esponja y la preparación á que ha sido sometida. La esponja fina de Siria y la del Archipiélago se reconocen por caracteres particulares. Esta es blanda, prieta, pesada, toda de una pieza como la primera, de la cual difiere por la mayor dimensión de los orificios de los canales penetrantes ó ósculos. La esponja fina de Siria, regularmente de forma cónica ó hemisférica, se abre en el centro á modo de copa, y ofrece en su superficie exterior la finura de un terciopelo; á volumen igual tiene el mismo peso. No se debe confundir esta variedad con otra esponja blanca de Siria á la cual han dado el nombre de Venecia, y que siendo blanca al salir del mar, se pone mas pálida con la preparación. La forma de esta última es mas regular, pero el tejido es algo mas grosero; se puede reconocer en los largos pelos que tiene al rededor de los ósculos. En el Archipiélago se halla una variedad análoga, menos bien formada, aplicable á los mismos usos, pero que se reconoce fácilmente en su textura mas compacta, jabonosa y notable por su apariencia vermiculea.

La esponja gelina es oriunda de las costas de Berbería. Ofrece una forma mas cilíndrica, resistente y de color oscuro; su tejido es bastante fino y muy poroso. Está erizada de pelos agudos y atravesada ordinariamente por un agujero principal.

El comercio trae también de las costas de Berbería, bajo el nombre de esponja de Marsella, una producción inferior á la precedente, y que solo es aplicable á los usos mas groseros. Su forma es larga, chata y crecida en uno de sus lados. Tiene el color de la yesca. Su masa es prieta, dura, pesada, de una textura irregular y la atraviesan algunos agujeros.

La esponja de Salónica se usa poco; es dura, poco compresible, y se reconoce en su color gris y en sus fibras nervadas.

Las diferentes clases de esponjas que acabamos de señalar tienen cada una propiedades que las hacen adecuadas para empleos útiles; no sucede lo mismo con las esponjas que provienen de otros lugares, y que por su textura firme no son propias para un buen uso. Citaremos particularmente entre esas producciones inútiles la esponja de Bahama, que el fraude trata de introducir en el consumo, aunque haga un servicio poco satisfactorio. Puede confundirse con la esponja griega por el color, pero difiere de ella esencialmente en la forma que es redonda é irregular; es muy fina y su superficie es lisa. Su dureza y la poca cohesión del tejido se oponen á que pueda ser empleada en buenas condiciones.

Por lo que acabamos de decir, se ve que las mejores calidades proceden del Mediterráneo. Los sitios donde mas abunda esta singular producción son las cercanías del Archipiélago griego, las costas de Siria y de Berbería. La pesca de esponjas es una industria lucrativa, y aunque es libre, apenas la ejercen otros que los griegos y los habitantes del litoral. Preciso es decir también que las prácticas de esta clase de pesca requieren un vigor de constitución y una intrepidez que solo pueden hallarse en hombres acostumbrados á tales empresas; por esta razón les está reservado su monopolio á los buzos griegos y árabes.

La pesca principia en junio y se acaba en agosto; á veces se prolonga hasta setiembre en las costas de Siria, según el tiempo. A principios de la estación se ven llegar embarcaciones griegas con pescadores que van á Beyruth, á Trípoli ó á Sottakiek para alquilar sus servicios ó trabajar por su cuenta. En general prefieren lo primero; pero de todos modos se forman en cuadrillas de cinco ó seis hombres bajo el mando de un reis. Los barcos que sirven para esta pesca son unas embarcaciones ligeras. Los pescadores salen por la mañana y se van á una larga distancia de las costas. Es preciso que el estado del mar permita á los buzos ver el fondo. Cuando han reconocido un banco de rocas, acercan la embarcación y echan el ancla; cada hombre de la tripulación baja á su turno. Se deja bajar con una piedra grande atada á una cuerda y que él conserva en sus manos. Llegado sobre la roca arranca la esponja y la mete en una red que cubre su pecho. De este modo recoge todas las que puede, y solo cuando le apura la necesidad de respirar, advierte á los hombres de la embarcación tirando de la cuerda.

Las profundidades á que es preciso llegar varían mucho; las esponjas ordinarias no están muy bajas, pero las finas suelen estar aun á treinta brazas. Fácil es concebir cuántas dificultades ofrece la pesca á tal profundidad. Justamente en razón de estas dificultades tienen mas valor las esponjas finas. Es raro que una embarcación, cuando se vuelve al puerto por la noche, se lleve mas de ocho ó diez esponjas.

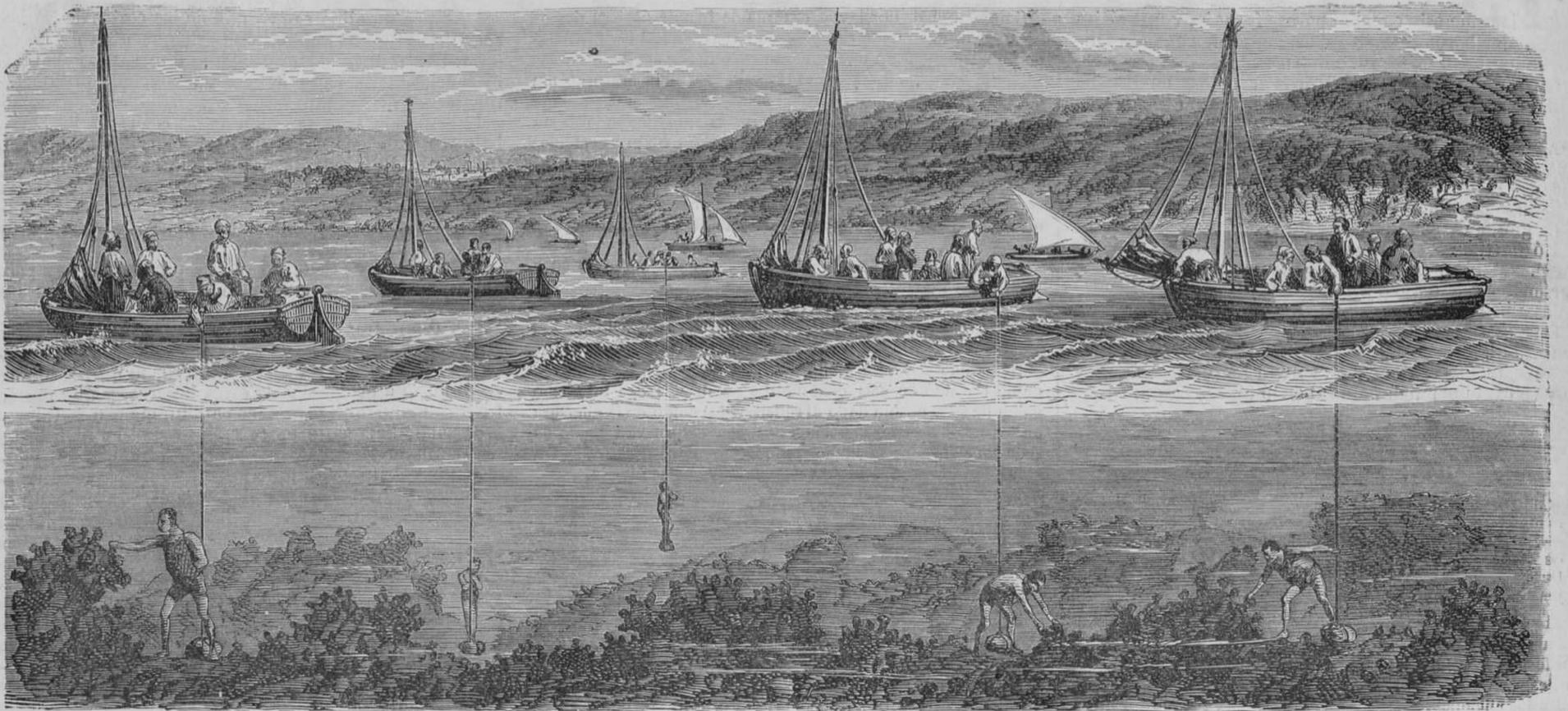
La esponja exige una preparación casi al punto que ha sido pescada. Cuando llegan á tierra hacen en hoyo en la arena y echan agua; en seguida meten las esponjas en esa agua, y los hombres las pisotean hasta que han quebrantado la cubierta gelatinosa, y enteramente quitado á la esponja el jugo negrozco que da la sustancia exterior con el pisoteo y que penetra en el tejido por los ósculos. Cuando la esponja está desnuda de su membrana y no ofrece ya la menor coloración extraña al tejido, la operación está concluida.

Preparadas así, las esponjas conservan al secarse una cantidad mas grande ó mas pequeña de arena, que los pescadores se guardan de quitarlas porque las venden al peso. Sin embargo, está admitido en los tratos que el comprador tiene la facultad de dejar secar la mercancía comprada durante dos ó tres días, de batirla despues, y de exigir la restitución del desperdicio que puede haber habido.

Beyruth, Trípoli y Sottakiek son los mercados de esponjas mas importantes. Trípoli sobre todo, en cuyas inmediaciones se encuentran las pesquerías mas productivas, es el centro de ese comercio. Tal es la cantidad de esponjas, y tal el tráfico á que da lugar allí la venta de este artículo, que se ha establecido un mercado especial para ese objeto. El dibujo que acompaña da una idea del aspecto de ese mercado y de la actividad de las transacciones que en él se operan.

El mercado principal en Trípoli tiene lugar por setiembre cuando llega á su fin la pesca. Acuden allí de todas las escalas del Levante, de todos los puntos del litoral del Mediterráneo y hasta de Paris. Nada mas curioso que esa mezcla de diferentes naciones.

Trípoli debe sobre todo la prosperidad de su mercado á su posición, que le hace ser el depósito de las mercancías europeas para los pueblos del Líbano. Apartado milla y media del mar, junto á un río que no es navegable, tiene sin embargo una gran importancia marítima, aunque la idea que le sirve de puerto no sea mas que una rada cubierta de escollos. Las comunica-



LA PESCA DE ESPONJAS.

ciones entre la marina y la poblacion están servidas por caravanas de borricos que en tiempo de feria se hallan en perpetuo movimiento.

La ciudad no obstante está muy bien situada y edificada, lo que es muy raro en Oriente. Se extiende en parte en la llanura y en la vertiente de una montaña. El paisaje de sus cercanías recuerda las inmediaciones de Eden, que dista ocho leguas de Trípoli. En esos lugares hay recuerdos históricos de alto interés. El castillo que sirve de defensa á la ciudad es una antigua fortaleza elevada en tiempo de las cruzadas por Raimundo, conde de Tolosa. Se dice que el poeta persa Sady, cogido por los fraucos en



LOS PESCADORES PISOTEANDO LAS ESPONJAS DESPUES DE LA PESCA.

aquella época, trabajó en la construcción de las murallas cuyos restos se ven todavía. La historia ha conservado la memoria de los siete mil franceses que fueron degollados por los musulmanes, cuando la toma del castillo por los cruzados. Hoy Trípoli tiene destinos menos agitados; no es más que el teatro de intereses pacíficos. Despojada de su importancia política y colocada bajo la autoridad del baja de San Juan de Acre, no por eso deja de ser una ciudad encantadora y muy favorecida por los placidos musulmanes que quieren probar ya en la tierra los gozes que el profeta les promete en premio de su soñolienta inmovilidad.

C. M. j



EL MERCADO DE LAS ESPONJAS EN TRIPOLI.